ESFINGE

conocimiento · reflexión · diálogo

Revista digital n.º 118 Septiembre 2022

Crimen: ¿qué podemos hacer?
Viejo mundo (Camarón)
La iniciación guerrera en los pueblos germanos
De crisis en crisis
Tierra de gigantes: los árboles más grandes del planeta
Reseña de libros: *Camino a la victoria*
Los Juegos Píticos

SUMARIO

4

CRIMEN
¿qué podemos hacer?

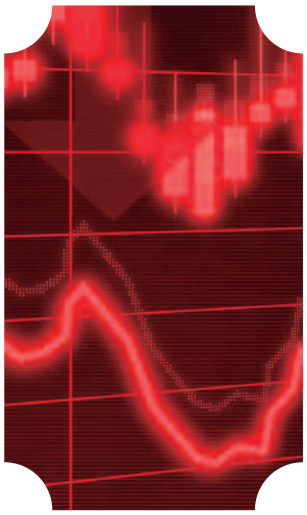
10

LA INICIACIÓN GUERRERA
en los pueblos germanos

8

Viejo mundo
CAMARÓN

20



de CRISIS en CRISIS

26

TIERRA DE GIGANTES
los árboles más
grandes del planeta

53

reseña de libros
CAMINO A LA VICTORIA

54

los JUEGOS PÍTICOS

ESFINGE
conocimiento · reflexión · diálogo

Revista digital n.º 118 Septiembre 2022
www.revistaesfinge.com

MESA DE REDACCIÓN:

Delia Steinberg Guzmán, directora
M.ª Dolores F.-Fígares, subdirectora
Fátima Gordillo, coordinadora
Miguel Ángel Padilla, mesa editorial
Elena Sabidó, redacción y archivo
Juan Carlos del Río, *webmaster*
Gabriele Ruskenaite, edición de contenidos
Esmeralda Merino, estilo y corrección
Lucia Prade, suscripciones y redes sociales

Esfinge es una revista publicada por la EDITORIAL NA, impulsada por la Escuela de Filosofía de la Organización Internacional Nueva Acrópolis en España, para promover el conocimiento, la reflexión y el diálogo, como medios que proporcionen, en estos tiempos convulsos, herramientas válidas para el respeto y la convivencia de los seres humanos entre sí y con su entorno.

La opinión vertida por los autores de los artículos, no ha de ser estrictamente la misma de la mesa editorial.

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL
NUEVA ACRÓPOLIS
España
Filosofía • Cultura • Voluntariado

Editorial

Tiempos difíciles

Nuestros colaboradores son gente sensible a lo que sucede alrededor y, de muchas maneras, nos invitan a pensar sobre las causas y las consecuencias de los acontecimientos que estamos viviendo en estos últimos años. Y sus reflexiones o propuestas son oportunas y viables, pues están más cerca de nosotros que lo que creemos.

No siempre tenemos tal capacidad de perspectiva, implicados como estamos en la gestión de los deberes profesionales, familiares, personales y... en sobrevivir, que ya es bastante. A veces tenemos la sensación de que estamos perdiendo muchas cosas que habíamos conseguido con mucho esfuerzo, que se nos van de las manos, sin que podamos hacer nada para mantener lo conseguido y, lo que es peor, no se están sustituyendo por opciones mejores y más eficaces. Y sentimos que recuperar lo que teníamos va a ser casi imposible. Es comprensible que el desánimo y el escepticismo se apodere de tantas personas que ven con ansiedad desaparecer en el horizonte sus aspiraciones, sus ambiciones o sus sueños. Por eso agradecemos la opción que nos proponen quienes hacen Esfinge, con sus aportaciones sensatas.

En este número presentamos algunos remedios para estas sensaciones sombrías: por una parte, el regreso a la naturaleza, para comprenderla y cuidarla, y por otra, recurrir a la historia, como maestra de vida, para ver cómo lo hicieron nuestros antepasados, cómo supieron renacer varias veces a las enormes crisis de la humanidad en su conjunto.

El Equipo de Esfinge

Hay una plaga que está causando estragos en nuestras ciudades en estos días, generando angustia, dolor y miedo. Y no me refiero al COVID, sino a la peste del crimen. En Estados Unidos ha sido durante muchas décadas un tema político clave para los gobernadores de las grandes ciudades. Se ha invertido mucho dinero y se han realizado grandes estudios sobre este problema y, sin embargo, no parece que estemos más cerca de la solución. Esta es una enfermedad para la que aún no hemos encontrado una vacuna, a pesar de los aparentes esfuerzos realizados en esa dirección.

Quizás la solución no consista en inventar algún nuevo método o reforma, sino en aplicar lo que ya sabemos. Cuando no podemos encontrar soluciones en el presente, a veces es útil consultar la experiencia de la humanidad, personificada por los sabios de la historia. Las ideas del filósofo confuciano Mencio, por ejemplo, tienen una relevancia de gran interés en este tema.

Mencio (o Mengzi) fue un filósofo chino que vivió en el siglo IV a. C., al final de la dinastía Zhou, una era que los historiadores llaman «el período de los Reinos Combatientes». Este período, como puede suponerse por su nombre, fue de constantes conflictos entre los diferentes Estados que componían el reino de Zhou. Los que estaban en el poder vivían agitados por un miedo constante a ser asesinados o despojados de sus cargos, y la gente común vivía bajo el peso constante de los impuestos, el bandolerismo y la guerra.

Mencio se consideró a sí mismo como un seguidor de Confucio, el gran sabio que vivió cien años antes, cuando dijo: «Desde que el hombre vino a este mundo, nunca ha habido uno más grande que Confucio». Desarrolló aún más una de las ideas en que se fundamentó Confucio: la benevolencia o humanidad (ren 仁).

Una propuesta constructiva

A pesar de la lucha que debe de haber presenciado a lo largo de su vida, Mencio creía que los seres humanos son buenos por naturaleza, y que dentro de ellos hay un brote de benevolencia que necesita ser alimentado y engrandecido para que crezca hasta su plena fructificación.

Pero si somos benévolos por naturaleza, según Mencio, ¿por qué la gente recurre al crimen?

Por supuesto, es difícil generalizar sobre el delito, ya que existen diferentes tipos de delitos y diferentes tipos de delincuentes. Suponiendo, sin embargo, que estamos discutiendo leyes fundamentadas en el sentido común que ayuden a preservar la armonía de la sociedad (y no leyes utilizadas como herramientas de represión), hay ciertos elementos en los que todos concordamos en lo que se refiere a los orígenes del crimen.

En primer lugar, las personas tienen necesidades básicas: alimentos de calidad, vivienda segura, una red social, etc. La mayoría de las personas que no tengan las fuerzas internas para superar las duras circunstancias de la pobreza y la ignorancia, recurrirán a la delincuencia en situaciones en las que esté en juego su supervivencia. Según Mencio, si una persona recurre al delito por estos motivos, no es enteramente culpa del delincuente, sino culpa de los encargados, que carecen de benevolencia y no cumplen con sus deberes.

«Cuando la gente muere, simplemente dices: “No es culpa mía”. Es culpa de la cosecha. ¿En qué es esto diferente de matar a un hombre acuchillándolo, mientras uno no deja de repetir: “No es culpa mía. Es culpa del arma”? ¿Hay alguna diferencia entre matarlo con un cuchillo y matarlo con un mal gobierno?

Por supuesto, siempre habrá personas que puedan crecer y prosperar independientemente de sus circunstancias. Estos son seres humanos excepcionales, como plantas del desierto obstinadas que pueden crecer en cualquier lugar. Lamentablemente, la realidad demuestra que estas personas son una minoría. La mayoría de las personas son como plantas comunes, que requieren una tierra rica en recursos, temperaturas equilibradas y un suministro de nutrientes y agua.

Sin embargo, incluso si las necesidades físicas de uno están satisfechas, esto no es suficiente. Según Mencio, «el camino de la gente es este: si están llenos de comida, tienen ropas que les abrigan y viven cómodamente pero no tienen instrucción, entonces tienden a ser animales».

Para Mencio, los seres humanos se diferencian de los animales en que tienen necesidades que trascienden sus anhelos biológicos. En los países del primer mundo, por ejemplo, la mayoría de las personas no carecen de nutrición física, pero muchas carecen de nutrición emocional, intelectual, mental y moral.

La educación, sin embargo, no consiste solo en impartir conocimientos. «Educar a una persona en la mente pero no en la moral es educar una amenaza para la sociedad», como dijo Theodore Roosevelt. También es educación enseñar autodominio, convivencia, armonía social.

Si la gente tiene lo que necesita pero carece de educación, seguirá recurriendo al crimen, por aburrimiento, pereza o codicia. Ese es el caso de los «bandoleros de porche», que roban paquetes de los porches.

Si la gente solo está intelectualmente informada y no moralmente formada, el crimen no terminará, sino que se volverá más sofisticado. Ese es el caso de los llamados delitos de guante blanco.

Las personas no están robando paquetes o lavando dinero para sobrevivir, están robando porque carecen de autocontrol y están envenenadas por la codicia.

Si bien Mencio atribuye mucha responsabilidad a la sociedad, también habla del esfuerzo individual que requiere cada ciudadano, y especialmente de quienes tienen la responsabilidad de liderar. Estos deben hacer un esfuerzo constante de superación y nutrir los «brotes» de virtud dentro de sí mismos.

Siguiendo las enseñanzas de Confucio, Mencio considera crucial el ejemplo de vida virtuosa del gobernante y, por lo tanto, no todos pueden ni deben ser gobernantes. Los verdaderos líderes traerán más armonía social, harán que la gente se esfuerce naturalmente más y, como consecuencia, habrá menos delincuencia.

Mencio, además, ve al gobernante como un servidor del pueblo. Gobernar es, entonces, un acto de sacrificio, de dejar de lado el yo personal para servir a la sociedad.

«Lo más importante son las personas, luego viene el bien de la tierra y los granos, y solo en tercer lugar el gobernante».

Finalmente, la autoridad moral del gobernante proviene de ser un ejemplo supremo de lo que se le pide al pueblo. Después de todo, ¿cómo puede un gobernante pedirle a la gente que actúe mejor que ellos?

De alguna manera, Mencio no nos está diciendo nada que no sepamos ya. Si bien no podemos tratar el crimen de manera simplista, no hay duda de que si todas las personas tuvieran satisfechas sus necesidades básicas y recibieran una educación de calidad basada en valores humanos duraderos, los niveles del crimen disminuirían significativamente.

La verdadera pregunta no es por qué hay delincuencia, sino por qué no se les otorgan todas estas cosas a todas las personas cuando tenemos los medios para hacerlo...

¿Qué haría falta para que así fuera? Además, ¿las personas a cargo están dando un ejemplo moral? Si no, ¿qué es necesario para que así sea?

Fue un 2 de julio de 1992 cuando el mundo del flamenco y del arte en general quedó huérfano del mito, para muchos, del cantaor que llegó a la divinidad gracias a su voz y a esa forma de dejar salir el duende. Según dicen sus más fieles seguidores, nunca hubo nadie igual y jamás habrá otro Camarón.

Aquellos que estuvieron muy cerca de él decían que era un gran artista, irrepetible, pero que todavía era mejor persona.

1979 supuso un cambio drástico en la carrera de Camarón. Su décimo álbum (*La leyenda del tiempo*) iba a ser un trabajo totalmente revolucionario para la época, aunque ya los componentes de Smash, con Manuel Molina, habían experimentado con sonidos progresivos y aportes de flamenco. También grupos como Triana, Alameda e Imán dieron nacimiento a lo que se llamó rock andaluz, aunque siempre partiendo del concepto de banda de rock.

Sin embargo, bajo su dirección, el productor Ricardo Pachón logró reunir, en torno a la figura central de Camarón, a personajes de la talla de Gualberto (Smash), Raimundo Amador, Kiko Veneno y varios componentes de Alameda.

El disco fue un auténtico fracaso en ventas. Muchos puristas del flamenco no entendieron las innovaciones en cuanto a instrumentación (sitar, órgano, batería, bajo y guitarras eléctricas). Se cuenta la anécdota de que muchos seguidores de Camarón fueron a devolver el disco después de comprarlo, pues se sentían engañados. Sin embargo, el mismo Camarón, en una entrevista, recomendaba a sus seguidores que lo escucharan varias veces para acostumbrarse al nuevo sonido. Con el tiempo, el disco fue considerado un clásico y uno de los mejores discos de fusión dentro del rock.

Cabe destacar la excelente versión que los Derby Motoreta's y Rocío Márquez hicieron en 2019 de *Viejo mundo*, en un homenaje a *La leyenda del tiempo*, donde también aparece una sublime interpretación de la *Nana del caballo grande*.

Viejo mundo es un poema de Omar Kayyam, matemático astrónomo, filósofo y poeta persa de los siglos XI-XII.

«El mundo: un grano de polvo en el espacio, la ciencia de los hombres: palabra, los pueblos, los animales y las flores de los siete climas son sombras de la nada».

En sus escritos, a menudo encontramos profundas reflexiones sobre la existencia del ser humano y las eternas preguntas sobre el porqué de la existencia, el universo y la naturaleza. En sus versos, y de una manera un tanto sarcástica, aprovechaba para criticar de manera feroz aspectos de la educación, la religión y la sociedad en general. Hoy diríamos que fue un hombre que se adelantó a su época, que, con sus preguntas acerca del sentido de la vida, dejó atrás el mundo viejo y se convirtió en la avanzadilla del hombre nuevo, el hombre del Renacimiento.

Una de las características del ser humano renacentista, el que forma parte de las vanguardias, es que se preocupa por su cuerpo y también por su alma. Su principal ocupación es el conocimiento de sí mismo, y esa búsqueda de la sabiduría o filosofía le va abriendo poco a poco las puertas de los secretos, aparentes, de la naturaleza y la vida.

También la belleza, la virtud, y la bondad son aspectos esenciales en su vida. Ama sin límites y trata de expulsar el egoísmo de su corazón.

Ese nuevo ser de ese mundo nuevo quiere saber de dónde viene y hacia dónde va. Por eso ama la historia y, aunque vive en un momento duro y difícil, no se asusta por ello. Tampoco se queja por las desdichas de la vida ni se vanagloria por lo que ya posee. Cultiva la humildad y se aleja de la vanidad. Es siempre joven porque lo es su alma, a pesar de que las canas puedan acompañarle. No se rinde, lucha por sus ideas y es fiel a ellas hasta el final.

Las críticas suelen ser sus compañeras, pues al adelantarse a los tiempos, no es comprendido por los suyos, que se asustan y tratan de apartarlo. Pero siempre encuentra almas gemelas que le acompañan en la honrosa tarea de hacer de este viejo mundo un lugar más bello, justo y bueno: un mundo nuevo.

Siempre en la vida llegan instantes en los que se debe y se puede elegir. Se me ocurre, después de leer los versos de *Viejo mundo*, que es un buen momento para empezar a luchar por un nuevo Renacimiento.

Y tú, lector, ¿te atreves a iniciar el apasionante viaje del conocimiento de ti mismo o sigues cómodamente en tu viejo mundo?

LA INICIACIÓN GUERRERA

en los pueblos germanos

Javier Saura Vílchez

Dedicado a los valientes en un mundo incierto

Los pueblos indoeuropeos

Los pueblos que se desarrollan desde la meseta del Pamir, en el continente indio, hasta el sur de Europa, en la península ibérica, son el núcleo de la gran corriente migratoria llamada indoeuropea o indoaria, con unas mismas características en la estructura de su pensamiento. He aquí algunas de ellas:

Visión del mundo	Consecuencias cotidianas
Hay una trinidad de dioses principales que se reparten las funciones de la creación y del gobierno del mundo.	Estructura social muy organizada y gran importancia de trabajar en equipo.
Originalmente carecen de una palabra que signifique «religión» tal como lo entendemos hoy. Sus normas de vida giran en torno a la «ley» cósmica, que implica una serie de reglas o normas de vida.	Importancia de la comunidad. Un gran compromiso social y rechazo del egoísmo. La unión con lo sagrado es directa y sin intermediarios, fruto del esfuerzo personal. Respeto hacia la naturaleza.
No conciben el concepto «pecado». Para ellos la gran mancha es faltar a la «ley».	Importancia del honor y de la palabra empeñada.
La vida se entiende como un combate y el resultado final queda en manos del dios principal, que es a la vez el padre de los dioses y el señor de las batallas.	Todo es pasajero y estamos en manos de Dios. La única posibilidad es actuar lo mejor posible para que la deidad nos mire con agrado y nos otorgue la victoria o éxito.

El cielo no se mendiga, se conquista como una fortaleza. Todo lo que existe tiene fecha de caducidad: nada dura eternamente. (Entre los germanos es el Día del Ragnarok).	Dios aborrece a los cobardes y a los tontos. Necesidad de unir valor con sabiduría. Espíritu de aventura y gran capacidad de adaptación, unido a una gran importancia en vivir el momento presente como si fuera el último.

Hablaré de los germanos diferenciándolos en dos grupos: los continentales (actual Alemania y Austria, fundamentalmente) y los del norte o vikingos (los escandinavos: Suecia, Noruega y Dinamarca).

Ambos adoran a las mismas deidades, aunque cambien los nombres: los primeros tienen como deidad principal a Wotan y los segundos a Odín, y en una parte continental se hablará solo de Odín.

La muerte heroica se convierte en una privilegiada experiencia religiosa: los caídos en la lucha van directamente al Walhalla.

A.- La guerra entre los germanos

La guerra es una parte esencial de la ideología germana. La lucha se considera un acto de sacrificio religioso, ya que tanto vencedor como vencido ofrecen su sangre. La muerte heroica se convierte en una privilegiada experiencia religiosa: los caídos en la lucha van directamente a la mansión celeste, al gran recinto del Walhalla, guiados por las valquirias, mientras que los que han muerto de cualquier otra manera van al reino de los muertos, a Hel. Esto les lleva a estar cerca de los poetas y los sabios. La lucha se convierte en una experiencia iniciática.

* Odín-Wotan, el líder de los guerreros

Odín es el padre de los dioses y creador del mundo, así como el señor de las batallas y, por tanto, designa quién vencerá o no.

Como dios, creó los modelos por los que se guiaban los guerreros. Él había sacrificado un ojo: una parte del sentido de la vista en este mundo para poder ver en el más allá. Además, se había crucificado a sí mismo en el árbol del mundo, el Yggdrasil, para «inventar» la escritura mágica de las runas; su actividad era incansable para mantener el mundo en su marcha: actuaba sabiendo que el mundo al final acabaría, pero que solo su acción haría posible que este volviera a resurgir nuevo y mejor. Por todo ello, era el ejemplo de los guerreros, que estaban dispuestos a sacrificarse, a soportar heridas y dolores, a actuar más allá de la muerte para que el mundo continuara existiendo y pudiera volver a renacer.

B.- Hermandades guerreras e iniciación

* Reglas

Entre los germanos, la iniciación guerrera se realiza en torno a sociedades secretas masculinas, que en el continente reciben el nombre de *Männerbünde*. Estos *Männerbünde* se situaban fuera de la estructura social de las familias y constituían una familia espiritual propia. Odín era el dios de los guerreros consagrados en los *Männerbünde*.

Durante la iniciación guerrera, los aspirantes eran tratados como perros y obligados a vivir en las afueras del poblado, en cuevas y a alimentarse como pudieran.

Sus reglas:

La paz. Estaba prohibida la venganza de sangre entre sus componentes, y el deber primordial de todo miembro del grupo era ayudar a otro que se encontrara en una dificultad de cualquier tipo, si fuera necesario incluso poniendo en juego la propia vida.

El honor. Era algo tan significativo en la vida de un germano que, de alguna manera, toda su vida estaba supeditada a él. Era diferente para cada clan, pues dependía del rango social. Por eso, el concepto de venganza estaba estrechamente ligado al «peso del honor», porque cada afrenta a lo adquirido o heredado tenía que ser correspondientemente enmendada a través de la venganza, a fin de desagraviar la falta cometida.

Así, la venganza no tenía nada que ver con justicia, represalia o castigo, sino que se entendía como la necesaria reparación del propio honor, es decir, de la propia imagen dañada por una injerencia. Por lo tanto, la venganza no era indiscriminada ni podía ejercerse sobre cualquiera, sino que el contrario también tenía que «tener honor» por su parte, ya que de otra manera el honor no podía ser restablecido.

La forma de cultivar el carisma era a través del respeto a los dioses, a la «Ley» y a cultivar una mente despierta a través del aprendizaje y la observación.

«Heil», el carisma. Era la fuerza del ser interior, aquello que hace al hombre ser tal; también se refería a la magia del clan. Es «ser tocado por el dios». Se sigue a los jefes por su carisma, que se ha de reflejar en victorias con el mínimo de pérdida de vidas propias y de recursos. El liderazgo se basaba en «la cuantía de su carisma»; por eso a los jefes les abandonaban sus hombres con tanta frecuencia: se separaban de él cuando

sentían que «el carisma» le había dado la espalda. La forma de cultivar el carisma era a través del respeto a los dioses, a la «Ley» y a cultivar una mente despierta a través del aprendizaje y la observación.

* El fin de la iniciación

El nombre *vikingos* proviene de la expresión rúnica (escritura sagrada) *fara í viking*, que originalmente significaba 'partir de expedición', en general. Más tarde, cuando se crean las sagas, cien años después de la desaparición de los vikingos, se utilizará para referirse solo a las incursiones de saqueo. El *fara í viking* dio nacimiento a los *Jomsvikings*, hermandades guerreras muy belicosas y normalmente temporales, que se reunían para invadir y establecer asentamientos o saquear.

Se consagraba uno como guerrero cuando podía participar en un *fara í viking*, matar a su primer enemigo y demostrar valor. En ese momento pasaba a formar parte de los guerreros.

* Los *Ulfhedinn* o guerreros-lobo

El «linaje» de los guerreros lobo se llamó *Ulfhedinn*, es decir, 'los que llevan ropas de lobo', y existieron en el continente y en el norte.

Estaban formados por jóvenes solteros que tenían que ganarse su derecho a casarse y formar familia. Su prueba era mostrar su valor en batalla.

En algunas tribus germanas, estos jóvenes solteros se disfrazaban de lobo, llevaban una piel del animal por encima y se ponían siempre en la primera fila de ataque en los combates.

Tras alcanzar ese derecho demostrando su valor, la mayoría de ellos se retiraban de la cofradía y fundaban una familia. Pero había una parte de los hombres que no se retiraban de ese estado de guerreros activos y, pasando pruebas y aceptando reglas especiales, se consagraban al culto a Odín.

Se dice que los *berserker* podían transformarse en osos durante la batalla.

* Los *berserker* escandinavos o guerreros-oso

Los *berserker* eran guerreros vikingos que combatían semidesnudos, cubiertos de pieles de oso, lobo o ciervo, armados con lanza o espada y sin escudo ni armadura. Entraban en combate en estado de trance, casi insensibles al dolor. Se dice que eran casi tan fuertes como osos o toros, y llegaban a morder sus escudos y no había fuego ni acero que los detuviera. Se lanzaban al combate con furia ciega y su sola presencia atemorizaba a sus enemigos e incluso a sus compañeros de batalla, pues en estado de trance no estaban en condiciones de distinguir aliados de enemigos.

En algunas sagas vikingas se los identifica con los *Ulfhedinn* o guerreros-lobo (no olvidemos que estas se escribieron entre cien y trescientos años después de la desaparición de los vikingos y ya en época cristiana), y fueron definidos como guerreros de élite de Odín. Es muy probable que fuesen miembros de cultos relacionados con este dios.

Una de las características que se atribuyen a los *berserker* se llama *eigi einhamr*: 'no poseer solo una forma'. Se podían transformar, y se decía de ellos que se podían desdoblar, tomar forma animal y además seguir estando en otro lugar con su forma humana. Entre los vikingos, a esta figura se la llamaba *fylgja*, la 'acompañante', que se

aparecía normalmente en forma animal, generalmente cuando la persona dormía o estaba en trance (el chamanismo era de gran importancia entre los germanos «paganos»).

Los *berserker* no tenían, por lo general, ni tierra ni bienes propios. No poseían nada. De ahí que, en lo referente a su mantenimiento, dependían de terratenientes y reyes.

En *La saga de Half y sus héroes* se habla de las reglas para los *berserker*:

- Tener un coraje y una fuerza que hayan sido puestos a prueba.
- Poseer una espada más larga que un codo (50-58 cm).
- No huir, incluso en una lucha de once contra uno.
- No vendarse las heridas antes de que hayan pasado veinticuatro horas.
- No estar a las órdenes de ningún rey que no sea fiel a sus propias leyes.
- No capturar a mujeres o niños como prisioneros.
- No ofender a ningún prisionero ni a la mujer de otro hombre.
- En el barco, no plantar nunca la tienda para protegerse.
- En medio de la tormenta, nunca arriar las velas.

Bajo la influencia del cristianismo fueron perseguidos por ser considerados poseídos por el demonio, y en el siglo XII los *berserkers* ya habían desaparecido.

* Los *Einherier*, los guerreros místicos del Walhalla

Los *Einherier* eran los guerreros de Odín que van al Walhalla después de su muerte en el campo de batalla o de una vida plena de bravura y valentía. Allí siguen viviendo en comunidad y bajo las órdenes directas de Odín, comunidad que se convierte así en eterna y universal.

Al Walhalla iban todos los guerreros, independientemente de su procedencia, y allí se entregaban a combatir y festejar. Todos los días salían por las puertas del Walhalla (había cuatrocientas de ellas, y por cada una pasaban ochocientos guerreros) y luchaban entre ellos; al atardecer, volvían todos juntos a la gran sala, sus heridas curaban, y juntos festejaban. Y es que los dioses indoeuropeos son luminosos, guerreros, de alma alegre y sencilla, exigentes consigo mismos, dioses que no abruman y a los que no se llega por la oración sino por la acción.

La función principal de los *Einherier* era combatir en los planos mágicos contra las fuerzas caóticas, retrasando lo más posible el inevitable Día del Ragnarok, donde el mundo conocido y gobernado por Odín sería destruido y sustituido por otro, nuevo y renovado, regido por su hijo Balder, la Pureza.

La eterna lucha es entre los hombres-perro y los hombres-lobo, entre las comodidades de lo seguro y el misterioso impulso que lleva a unos pocos a adentrarse en la noche en busca de respuestas.

El mito hecho realidad

Todo lo que hemos tratado gira en torno a Odín, a cómo cumplir su «Ley» y ayudarle a mantener el orden terrestre y celeste en la eterna lucha entre la luz y las tinieblas, el orden y el caos.

En la saga Volsunga se narra que, una vez acabada la creación, Odín, espíritu inquieto y rebelde, se transforma en lobo y vaga solitario y errante por medio de las selvas, sin temer ni a la oscuridad ni a la soledad, abandonando la seguridad de las cabañas y

aldeas, de las leyes establecidas por los hombres y de la comodidad de «lo políticamente correcto». Un día, en el centro de la selva, se encontrará a una bella mujer, chamana y poseedora de conocimientos arcanos, se unirá a ella y tendrán dos hijos, Sigmundo y Siglinda, futuros padres de los Volsungos, «los Hijos del Lobo (Odín)» u «hombres-lobo», en oposición a los «hombres-perro», aferrados a leyes basadas en intereses personales que les hacen temerosos y anulan su espíritu de aventura, sacrificio, riesgo y, especialmente, de autorredención de sus propias faltas, ya que dependen de otros en todo: en la comida, la seguridad... incluso hasta para la salvación o liberación de sus almas.

Temerosos los hombres-perro ante esta amenaza, separan de pequeños a los hermanos: Sigmundo se cría en la selva y Siglinda en la ciudad. Pero el destino inexorable los lleva a reencontrarse y a reconocerse, y de su mística unión nacerá un hijo que dará continuidad a los Volsungos... hasta llegar a Sigur o Sigfrido, el hombre sin miedo, el héroe por excelencia de la tradición germánica, quien morirá traicionado y víctima de los celos del mundo mediocre donde le tocó vivir, dejándonos un canto al valor, la honradez, la amistad y el amor.

Recordemos que, en el proceso de iniciación de los aspirantes a guerreros, se los trataba como a perros: les ponían nombres de perro y los trataban como a tales, viviendo fuera de las aldeas y poblaciones... hasta haber superado las pruebas y demostrado su valor; o el caso de los *Ulfhedinn* o guerreros-lobo, ya vistos.

Es la diferencia entre los hombres-perro y los hombres-lobo, entre las comodidades de lo seguro y aceptado por todos y el misterioso impulso que lleva a unos pocos a adentrarse en la noche en busca de respuestas. Quizás se explique todo esto mejor con un fragmento de un poema de Victor Hugo:

...porque siempre causa espanto y miedo
quien camina pensativo y solo.

Descripción de los *berserkers* en el poema de Harald I (rey unificador del reino de Noruega)

Hablaré de los berserkers, los catadores de sangre,
aquellos héroes intrépidos, ¿cómo describir
su comportamiento en la batalla?
Piel de lobo les llaman.
Portan escudos sangrientos.
De puntas rojas son sus lanzas cuando marchan.
Forman un grupo apretado, cerrando filas.
El príncipe, en su sabiduría, confía en ellos,
en los que cortan los escudos enemigos.

Bibliografía

Los Eddas. Traducción de D. A. de los Ríos. Imprenta de la Esperanza. Madrid, 1856.

El Yggdrasil como imagen del universo. Saura Vílchez, F. J. Revista Esfinge. Abril, 2022.

Camino a la victoria. Steinberg Guzmán, D. Editorial NA. Madrid, 2021.

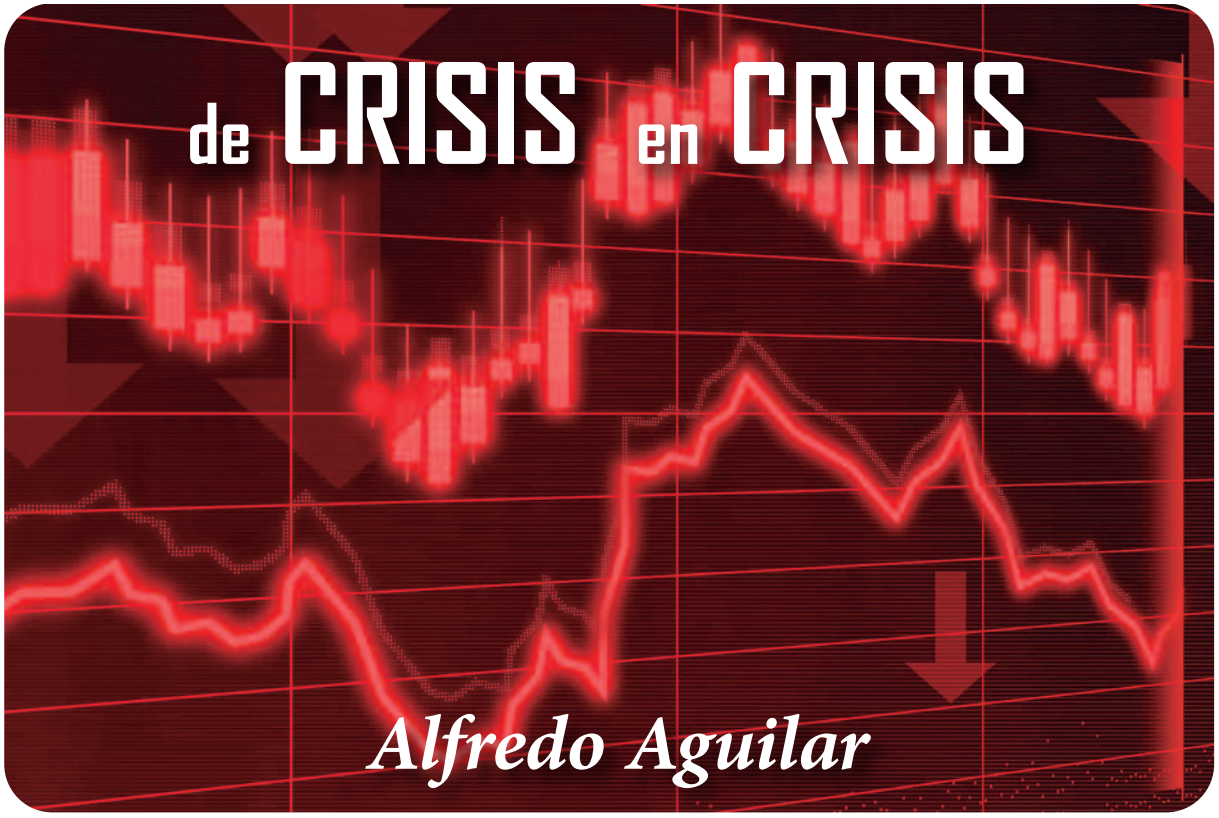
Mitología nórdica. Bernárdez, E. Alianza Editorial. Madrid, 2017.

El ser de los vikingos. Cruañes García, S. Revista Nueva Acrópolis. Octubre, 1988.

Religión germánica. Livraga Rizzi, J. Á. Editorial NA. Madrid. Descatalogado.

Guía ilustrada de los mitos del mundo. Traducción F. Casas. Editorial Debate S. A. Segunda edición septiembre, 1966.

Wikipedia.



A la actual generación le ha tocado tener que vivir desde 2007 una transformación tras otra. Primero, la gran recesión de 2008 con una gran crisis inmobiliaria y financiera; luego, el gran confinamiento de 2020, cuando el mundo literalmente se detuvo y, desde febrero de 2022, la guerra de Ucrania después de la invasión rusa.

Resulta indudable y además innegable que la aceleración de los tiempos —que algunos ven como positiva, tal vez deslumbrados por el auge de la tecnología— va rompiendo todos los vínculos que mantienen unida a nuestra civilización y su forma de vida. Esto ha terminado con muchas de nuestras certezas, un sinnúmero de cosas que antes dábamos por sentadas y que, o bien ya no existen o han dejado de tener vigencia.

La gran recesión

Primero fue el colapso de la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos, en la que se otorgaron hipotecas a diestra y siniestra, sin verdadera garantía de pago, a las que luego unían en un paquete o conjunto de créditos al que se le daba un nombre y este, a su vez, se lo vendían a otro banco; este segundo banco, por su parte, juntaba ese paquete o conjunto de créditos hipotecarios con otros paquetes parecidos formando paquetes mayores con otro nombre y los vendía a otro banco mayor y así muchas veces. El problema explotó cuando las primeras hipotecas se demostraron incobrables, lo que convertía en tóxico al paquete que las contenía... que a su vez era parte de un paquete mayor, también tóxico, que estaba en manos de un banco que los había comprado, no necesariamente en Estados Unidos sino en cualquier lugar del orbe, con lo que la crisis se globalizó.

Esto sucedió porque, en aras de una mal entendida productividad, los agentes que vendían las hipotecas cobraban comisiones adelantadas por hipoteca vendida. El jefe

de estos vendedores podía demostrar, de esta manera, una gran productividad basada en el número de hipotecas vendidas y cobrar, desde luego, su comisión. El banco, a su vez, para rentabilizar la operación y recuperar las comisiones pagadas, unía las hipotecas en un paquete muy bonito y con un nombre atractivo, resaltando su alta rentabilidad, y lo vendía a otro banco que repetía el proceso en un alegre baile de créditos.

Las repercusiones de la crisis afectaron primero al sistema financiero estadounidense y luego al internacional. Una crisis bursátil primero y luego una crisis económica a escala internacional que dio lugar a la recesión. Algunos bancos de prestigio desaparecieron, como Bear Sterns, de Nueva York, que fue absorbido, en una maniobra de la Reserva Federal, por el JP Morgan Chase. El banco Merrill Lynch fue adquirido por el Bank of America por la mitad de su valor. Pero la caída más sonora fue la de Lehman Brothers, que quebró y desapareció del mapa.

De alguna manera se logró impedir que la recesión llegara a ser una depresión como la de los años treinta del siglo pasado, inyectando enormes cantidades de dinero a través de los bancos centrales para mantener el sistema. Sin duda, ayudó en algo la experiencia de aquella depresión para no cometer los mismos errores, pero el sistema sigue siendo el mismo y el daño estaba hecho. Muchas empresas quebraron; muchísimas personas perdieron su trabajo; los años de bonanza habían terminado.

Algo de menor calado pero que llamó mi atención en esta coyuntura fue notar que en las llamadas escuelas de negocios, con sus prestigiosos cursos de másteres de negocios —*maestría* en español—, tan caros y tan buscados, al ser tan evidentes los malos manejos y la falta de escrúpulos que dio lugar a todo el problema, «redescubrieron» un tema que al parecer tenían olvidado y reapareció como gran novedad en sus programas de estudios, la ética profesional.

De la gran recesión, la mayoría de la población salió más pobre, más desigual, más precaria y menos protegida, se diga lo que se diga. Se entró en una economía del miedo y la ciudadanía se tornó más escéptica en cuanto a los planes que les venden los políticos, al punto que muchos se han tornado en lo que algunos comentaristas han dado en llamar «demócratas instrumentales», es decir, que apoyan la democracia siempre que esta resuelva sus problemas. Lo ideológico no mueve ni existe, el único objetivo es el propio bienestar.

El gran confinamiento de 2020

Cuando apareció el coronavirus o Covid 19, a fines de 2019 en la provincia de Wuhan en China, la mayoría de la población occidental no le hizo caso en absoluto; total, era algo que pasaba en China, que quedaba muy lejos; sin duda olvidando que el mundo está muy comunicado y que hay gente viajando de un lado al otro del mundo todo el tiempo. Como curiosidad, recuerdo dos formas de reacción, poco inteligentes por decirlo de alguna manera, que pudieron notarse en algunos lugares. La primera fue dejar de comer en restaurantes chinos, no fuera que el virus viniera en el plato, cuando el peligro era alguien recién llegado de China, fuera chino o no; y la otra, creo que en América, fue dejar de beber una cerveza de nombre Corona, por lo del coronavirus. Desconozco si tuvieron que cambiar de marca o desaparecieron del todo, pero no lo creo. Ante este tipo de reacciones, parecen tener razón aquellos que dicen que la razón ha muerto.

Cuando el virus salió de Asia y se expandió al resto del mundo, las autoridades optaron por una medida preventiva radical, confinar a la población en sus domicilios hasta nuevo aviso, con pocas salidas autorizadas para abastecerse y, por supuesto, la

obligatoriedad de llevar mascarilla. El confinamiento duró unos cuatro meses y constituyó una experiencia inédita por lo dura, sobre todo en lo psicológico y mental, para una sociedad acostumbrada a moverse con absoluta libertad. El gusto de vivir en pequeños apartamentos o pisos en el centro de las ciudades, prácticamente con todo a mano, se convirtió en disgusto al no poder salir a la calle y tener que moverse tan solo dentro del espacio de su vivienda, que se tornó claustrofóbico.

Todo esto ocurría mientras se investigaba y preparaban con inaudita rapidez vacunas para proteger a la población. El escritor científico Javier Sampedro definió el proceso y la carrera para crear vacunas eficaces como «arreglar en pleno vuelo un avión del que todavía se están dibujando los planos». Sin embargo, las vacunas aparecieron (para alegría y bonanza de algunos laboratorios) y una mayoría de la población occidental está vacunada y las variantes del virus más o menos contenidas. Por supuesto que hay personas negacionistas –interesante neologismo– que se niegan a vacunarse y tienen muy difícil viajar, me imagino, ya que muchos países han requerido hasta hace poco prueba de vacunación para poder entrar por sus fronteras. Además de las conocidas vacunas de Pfizer, Moderna, Janssen y otras marcas occidentales, también llegaron a muchos países la china Sinopharm y la rusa Sputnik.

Como pudimos ver que aparecieron y sabemos que pueden aparecer variantes o cepas del mismo virus, algunas muy contagiosas, la carrera de las vacunas no ha terminado ni mucho menos. Ya tuvimos varias olas, según la aparición de variantes, pero sin volver al confinamiento. Sin embargo, leo que en la ciudad de Shanghái, en la costa central de China, la población se encuentra bajo estricto confinamiento domiciliario, nadie podrá salir de casa hasta que el último habitante (25 millones) se haya sometido a la prueba covid. Los hijos hacen la cuarentena separados de los padres y las mascotas de los positivos son sacrificadas. Se llama política de covid cero y es una respuesta a los sesenta mil casos activos registrados. Afortunadamente, aquí no se llegó a tanto.

La guerra en Ucrania

El 24 de febrero de 2022, las fuerzas armadas rusas invaden Ucrania por distintos frentes en lo que pretendía ser una operación rápida y que pronto se enquistó al encontrar resistencia inesperada, y ya dura seis meses cuando escribo esto. No pretendo entrar en detalles, a pesar de que cada día se sabe un poco más acerca de este conflicto armado en suelo europeo, el más grande desde la guerra de los Balcanes. Como siempre en estos casos, el conflicto ha dado lugar a una enorme cantidad de refugiados huyendo hacia países limítrofes y luego, muchos de ellos, a terceros países.

Pero el impacto, tal vez global, de la guerra tiene dos aspectos fundamentales. El primero se refiere a la energía, ya que Rusia es un gran exportador de petróleo y gas, sobre todo a países de la Unión Europea. El segundo tiene que ver con los alimentos, sobre todo cereales, ya que Ucrania es uno de los mayores países agrícolas de Europa y uno de los más importantes del mundo.

Este impacto ha ayudado a generar un proceso inflacionario, sobre todo en los países de la Unión Europea, ya que la escasez de recursos automáticamente sube los precios de estos. No necesito abundar en el tema ya que lo podemos leer en la prensa diaria.

Gobiernos de comerciantes

La mayoría de los Gobiernos actuales vive entre políticas fiscales, programas monetarios, inauguración de obras cerca de las elecciones y colocando a su gente en puestos claves para sacar el máximo partido y repetir de ser posible. ¿Cuál sería la reacción de este tipo de personas ante la amenaza de una invasión? Obviamente, amenazar con medidas administrativo-contables, que es lo que saben hacer. Es decir, algo así como «si te atreves a invadir, no te vuelvo a prestar dinero y te quito la tarjeta de crédito para que sufras». Lo que, dicho de otra manera, es que «te hago a ti lo que me dolería a mí». Pero puede ser que al otro eso no le duela tanto o le duela tan poco que no le interese. Habría que ver sus prioridades, que casi seguro no son administrativo-contables.

Consecuencias

Europa trata de ahorrar energía, porque si Rusia cierra el grifo del gas, Europa se dirige —y marchamos nosotros con ella— hacia un invierno del descontento. A esto se suman los cambios climáticos, con olas de calor casi inauditas, una sequía de las grandes de verdad, mientras que en otras latitudes las lluvias e inundaciones arrasan con lo que encuentran. Es decir, que la cosa no pinta bien en el corto plazo; la guerra sigue ahí; el virus sigue ahí; la inflación ya está aquí y tenemos que vivir con todo ello. La precariedad florece donde muere la industria y tiene como consecuencia que donde los padres fabricaban, los hijos se dedican a repartir.

Para terminar, quisiera recordar que hace cincuenta años, en 1972, se estrenó una película llamada *Soylent Green*, una distopía malthusiana que tiene lugar en el entonces lejano 2022, donde Charlton Heston interpreta a un policía que debe investigar la extraña procedencia del único alimento al alcance de unas masas al borde de la revuelta. La frase promocional de la película decía: «Año 2022, nada marcha bien, nada funciona, pero la gente sigue siendo la misma y hará lo que sea para conseguir lo que necesite». La película recibió en castellano el título de *Cuando el destino nos alcance*.

Algunos quizá teman posibles revueltas si las cosas no se arreglan. No lo sé, eso sería especular. Los filósofos no hacen predicciones, tratan de entender no solo los acontecimientos, sino sus causas, para poder responder con sobriedad e inteligencia. Algunas personas son felices con poco, mientras que para otras nada es suficiente y siempre quieren más. Misterios de la naturaleza humana. Porque después de todo, y siguiendo la máxima estoica, ¿qué le puede suceder al ser humano que no sea propio del ser humano?

Sequoia National Park

Aunque el verso reza «Al lugar donde has sido feliz no debieras tratar de volver...»[1], los sitios sufren también los embates del tiempo y, como Heráclito dijo hace 2500 años, es imposible bañarse dos veces en el mismo río. El viajero piensa que, aunque retorne a este parque, en realidad su destino es totalmente nuevo. Quiere volver a ver los seres vivos más grandes de la Tierra: Sequoia & Kings Canyon National Park.

El camino de ascenso debe sortear un desnivel de más de mil metros, desde algo más de los 500 hasta por encima de los 1700, con picos de 4000 y carreteras que discurren por encima de los 3500 m. Lo hace ondulándose, retorciéndose, como aquejado de un pánico al precipicio inevitable, que convierte la ruta en una carretera donde abundan las señales de «prohibido superar los 15 km/h» —imaginen las curvas—. Esta carretera se inauguró en 1925. Previamente, el ascenso se realizaba bastante más al norte, pero este otro sendero era bastante más difícil de utilizar. Supuso un trabajo titánico para la época.

La primera vez que el viajero trepó por este camino, por lo demás totalmente seguro y muy bien cuidado, le resultó familiar el paisaje: árboles de copas redondas, de hojas oscuras y brillantes, acompañados de pinos, que abundan más conforme la calzada continúa hasta la cima. Arbustos bajos, llenos de flores blancas y amarillas, de hojas lanceoladas, con una luz que le hace recordar que, a fin de cuentas, está en un clima mediterráneo. Este lugar de California se parece muchísimo a la serranía de Cádiz, y en concreto a los alrededores de Grazalema.

Mientras continúa bandeando curva tras curva y encaramándose a la entrada el parque propiamente dicho, el viajero reflexiona sobre el hecho de que orografías similares en Cádiz y en California son las que posibilitaron dos microclimas con ecosistemas

1 Joaquín Sabina, *Peces de ciudad*.

vegetalmente parecidos. En Grazalema, el reducto del pinsapar; aquí, a miles de kilómetros, el bosque de los árboles más grandes del planeta.

Una cordillera, en este caso, intercepta la humedad que los vientos traen desde el no tan lejano Pacífico. A través del área de San Francisco, la necesaria humedad se desliza en el Valle Central de California, llega a la cara oeste de la sierra y regala al ecosistema la cantidad de agua necesaria para permitir el crecimiento de estos gigantes. Curiosamente, estas alturas se llaman «Sierra Nevada», igual que la cordillera original a cuyos pies vive nuestro viajero en España (Granada). Al parecer, cuando los ibéricos anduvieron por las Américas, no estuvieron muy creativos, y las «Sierras Nevadas» abundan en el continente hermano. Prácticamente, cada país tiene una.

Estas montañas se disponen paralelamente a la costa pacífica, y funcionan como trampas de lluvia que retienen con eficacia hasta la última gota. El efecto adiabático de la imponente altitud (la compresión del aire por el frío en altura lo obliga a condensar la humedad y llover) exprime los vientos con tanta eficacia que, paradójicamente, el lado este de esta misma Sierra Nevada californiana alberga el lugar más seco y desolado de Norteamérica: Death Valley National Park; aunque también extiende este efecto de «desierto de sombra», como se conoce en geografía, al desierto de Mohave, Nevada, Arizona, sur de Utah y, en general, la zona de las Cuatro Esquinas. Son la cara y la cruz de un relieve caprichoso pero polifacético, piensa el viajero.

De manera dolorosa, el viajero comprueba que realmente ha habido cambios. Drásticos, rotundos, irrecuperables. La visión en este segundo viaje es penosa. Un incendio, al parecer de origen humano, ha calcinado la mayoría del bosque mediterráneo de la entrada. Más arriba, se calcula que más de 20.000 árboles han desaparecido. Algunos, los menos, muestran cicatrices negras como sombras, pero también ramas cuajadas de

flores y brotes renacidos. El ser humano del siglo XXI no volverá a ver este valle en su esplendor, pero los árboles son sabios, y de una manera u otra se recuperarán. Un incendio arrasa una pradera y extermina toda planta que no pone a resguardo sus valiosas yemas de crecimiento bajo tierra. Es algo muy probable, y los vegetales han aprendido a eludir el efecto. Un árbol, que puede vivir más de 300 años, sabe que está destinado a sufrir alguno de estos incendios, en realidad varios. Una secuoya, cuyos vigorosos ejemplares que aquí se ven tienen de media 1500 años, no solo ha aprendido a sobrevivir a los incendios, sino que además los aprovecha, los utiliza, los cabalga y los necesita para reproducirse.

El Parque Nacional de las Secuoyas se extiende al sureste de Sierra Nevada, y fue inaugurado como tal en 1890, convirtiéndose así en el segundo Parque Nacional de Estados Unidos (el primero, al que dedicamos un capítulo, fue Yellowstone). Kings Canyon, su vecino, fue el tercero.

Peña del Moro

Desde lo alto de la «Moro Rock» (que podríamos traducir por Peña del Moro) puede verse la mayoría del parque tal y como es ahora. Situado como un guardián de piedra a la derecha de la carretera de acceso, este domo pétreo y pelado es visible desde casi cualquier punto de esta vereda. Subir a esta imponente intrusión granítica es ahora más fácil, porque se ha tallado en la roca viva una escalera del original a cuyos pies vive nuestro viajero el acceso. No obstante, cuando el viajero intenta alcanzar su cima, recibe con estupefacción y algo de pánico a una niña de diez años que brinca como una cabrilla a la vez que cuenta «...one hundred and eleven, one hundred and twelve, one hundred... ». («ciento once, ciento doce...»). Él está exhausto, sentado para recuperar el aliento, y

aún quedan más de doscientos escalones. Luego se enterará de que El Moro tiene cerca de cuatrocientos peldaños hasta la cima. Cuando llega arriba, no obstante, es cuando contiene de verdad el aliento, pero no solo por el esfuerzo, sino principalmente a causa de la vista que allí se alcanza.

Encumbrada en el punto más alto de El Moro se encuentra una plataforma para que el viajero contemple el vasto paisaje y asimile mejor la pequeñez del hombre en el mundo. En lugares como este, el ser humano conciencia su auténtica talla, crucificado entre la enormidad de un horizonte inabarcable y la pequeñez del sentimiento de humildad que se despliega ante esta visión.

Águilas y cuervos se enseñorean del cielo azul empenachado con nubes blancas, y el este se cierra con la cresta de la Gran División Occidental. Uno a uno, con personalidad propia, los picos más altos destacan contra la lejanía. Como en un nido de metal y roca, los visitantes se apretujan intentando eludir el fuerte viento que sopla aquí arriba, el frío intenso que dan las grandes alturas. Como polluelos, inmóviles pero curiosos, se asoman a los pies de esta cúpula de piedra, para ver hacia el norte un mar inmenso de un verde azulado, donde sobresalen aquí y allá torrecillas de color canela coronadas de verdor: son las secuoyas, que aquí, en Giant Forest Grove (que pudiera traducirse como 'Bosque de los Gigantes') alcanzan su máximo esplendor, los tamaños más grandes, los árboles más viejos, los más altos. Es, como un edén arbóreo, la tierra prometida. Aquí perseveran árboles milenarios que conservan un lugar perfecto para sus exigencias vitales. Esta «arboleda», Giant Forest Grove, se extiende por unas 860 hectáreas, y en ellas se han contabilizado 2161 ejemplares de secuoyas con más de 3 m de diámetro en la base.

La «Great Western Division» marca la divisoria entre las cuencas de los ríos Kaweah y Kern. Ambos ríos son típicos mediterráneos, es decir, de caudal altamente variable y

con unos mínimos en verano que los hace desaparecer entre balsas, presas y lagos artificiales construidos para el regadío. California es un lugar donde el agua es el bien más preciado, y aquí no se andan con tonterías. Los pleitos por el agua han costado ya demasiadas vidas. Ninguno de estos ríos, ideales para el *rafting* y las caminatas antes de salir de Sierra Nevada, llega al mar. Entregan sus vidas al interior seco y caluroso de California.

Susan Thew

Cuando Sequoia N. P. se funda en 1890 —lee el viajero en uno de los muchos textos explicativos que jalonan cualquier parque americano—, la extensión de tierra protegida era mucho menor, y no incluía estas alturas. Su ampliación llegó poco después. Fue el nacimiento de un esfuerzo colectivo que cuajó en la incipiente conciencia de preservación de estas maravillas naturales. Entre el personal que destacó en esta tarea conservacionista, se señala por mérito propio una personalidad femenina, Susan Thew.

Susan Priscilla Thew Parks (1878-1968) contrató personalmente y a su costa a un fotógrafo al que obligó a acompañarla en un penoso y arriesgado viaje a caballo por esta sierra, la más alta y peligrosa de California. Recorriendo en un lunático viaje estas cimas, las mismas que ya se habían cobrado innumerables vidas, se realizaron una serie de tomas fotográficas de una belleza y valor indescriptibles. Nuestra intrépida Ms. Thew se encargó personalmente de enviar una copia de las mejores a todos y cada uno de los miembros del Congreso, para mostrarles de primera mano lo que se estaba arriesgando si no se protegía este territorio al completo. Junto con el superintendente del Parque, John R. White, el denodado y riesgoso esfuerzo dio sus frutos: en 1926 se anexionó al Parque no solo la Gran Divisoria, sino Kaweah Peaks, Kern Canyon y Sierra Crest.

Sequoia N. P. había, de golpe, triplicado su tamaño. Poco tiempo después, en 1940, Kings Canyon N. P., que ya era un parque nacional desde 1890 (más pequeño y con el nombre de General Grant N. P).

Los granjeros del Valle de San Joaquín, el más cercano a Sequoia, apoyaron desde el primer momento la creación de este Parque Nacional. La vida les iba en ello. Sabían mejor que nadie que una naturaleza intacta recolectaría mejor la lluvia de entretiempos y las nevadas invernales, aportando caudal a los veneros y arroyos que sacian su sed y la de los cultivos de los cuales viven. La presencia del bosque, además, aseguraba la sujeción del suelo e impedía la formación de polvo. Más de uno, empeñado en montar un campo de golf o un sistema de regadío en el desierto, debería tomar nota de esta actitud, y de lo que significa pan para hoy y hambre, para uno y sus hijos, en el mañana. Los errores, en la naturaleza, se pagan. Siempre se pagan. A menudo de forma drástica.

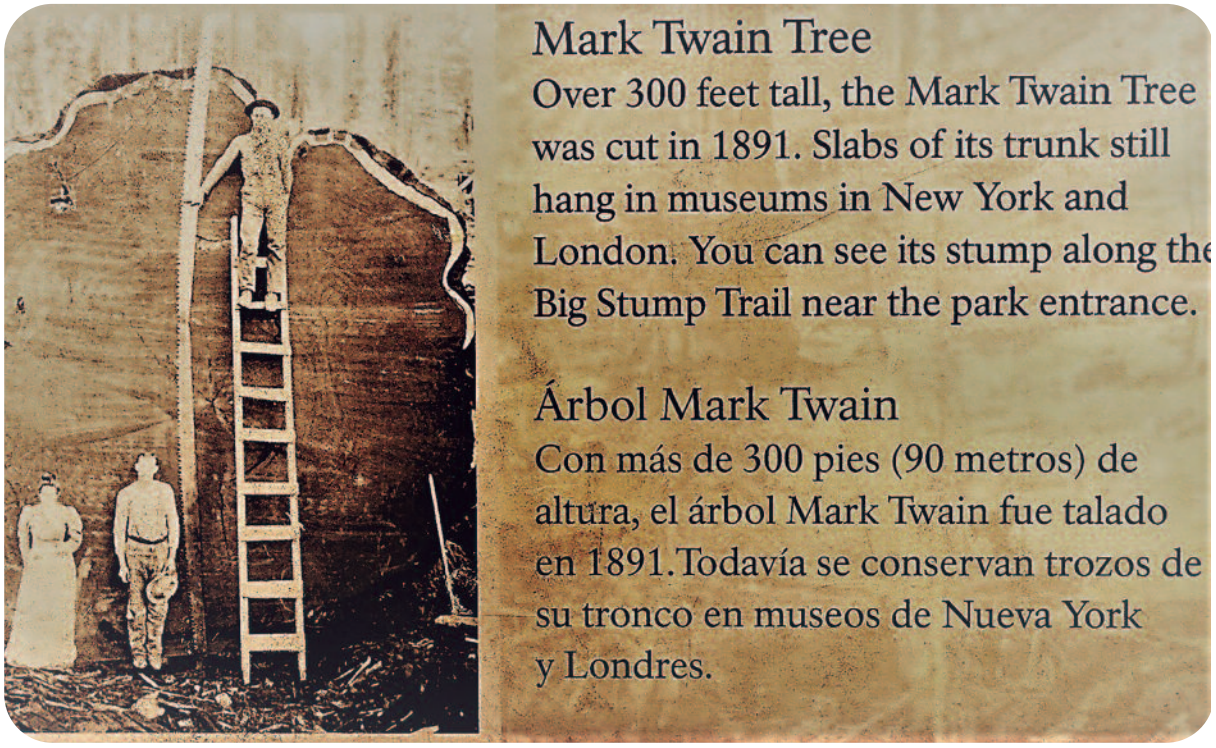
Ni siquiera viendo y tocando estos árboles se hace el viajero una idea precisa de su enormidad, de su majestuosa realidad. Su perspectiva falla, no tiene elementos de referencia cotidiana para comparar. Nada le ha preparado para enfrentarse a estas proporciones. Si eso ocurre en una sociedad abierta al mundo por las ventanas de la televisión e Internet, el viajero imagina a los primeros exploradores que acudieron a la «civilización» del siglo XIX, hablando de la existencia de estos gigantes en un punto remoto de la gran cordillera de Sierra Nevada. El viajero entiende que no se les creyera. Ni siquiera cuando, sacrificando tres de estos gigantes, cortaron algunas rodajas de estos árboles y las mostraron en la Exhibición del I Centenario de los Estados Unidos de América (1875), en Filadelfia. Como el volumen de madera era tanto, tuvieron que ahuecar, desmontar y volver a montar la rodaja para su transporte. Quizás ello ayudó a que los visitantes del civilizado este norteamericano rechazaran la posibilidad de que

algo tan enorme no fuese un engaño. Aunque tenían delante un trozo real del tronco extraído de un solo árbol, esta rueda de madera era tan colosal que les resultaba imposible de aceptar. La secuoya talada, y cuyo sacrificio no sirvió en principio para mucho, necesitó del trabajo incesante de dos hombres durante nueve días para la preparación adecuada de las muestras: talado, corte, ahuecado y porcionamiento. Los visitantes, incrédulos, llamaron a los 5 m del tronco el «Engaño de California». De esas rodajas quedan dos, hermanas separadas por un océano, que se exhiben en el Museo de Historia Natural de Nueva York y en el Museo homónimo de Londres, y la huella en la tierra de la secuoya que dio la vida para ello.

El viajero se ha sentido hipnotizado cada vez que se ha acercado a uno de estos titanes, atrapado por el ambiente fascinante que un bosque de secuoyas crea a su alrededor. Pilares de un tono canela anaranjado se yerguen, solitarios o agrupados, imponentes, a una distancia irregular entre unos y otros, mientras aquí y allá algunos de estos troncos yace en el suelo, majestuosos cadáveres cuya altura ayuda a comprender sus dimensiones, tanto en grosor como en longitud. Una vez, recuerda el viajero, visitó el Templo de Artemisa, en Éfeso, y anduvo cerca de la única columna que del mismo se conserva, visible en kilómetros a la redonda. Estos árboles son aún mayores.

El viajero decide intentar aproximar al lector a la realidad en la que estos seres son a la vez constructores y protagonistas, los mayores organismos vivos individuales que hoy existen en nuestro planeta.

Un ecosistema concreto puede definirse por la especie vegetal dominante. Pero es obvio que dicha especie no es la única presente, sino que comparte con otras, tanto animales como vegetales, dicho ecosistema. Así, el bosque de secuoyas permite y necesita de la existencia de distintos arbustos, árboles, hongos y animales con los que constituye un todo.



Los cuervos son los animales más fáciles de ver. Oportunistas, merodean por los lugares donde los humanos abundamos, a la búsqueda de restos de comida. Sin embargo, no han perdido sus hábitos carroñeros, y suelen acompañar en sus festines a los lobos y otros cazadores para arrebatarles trozos de carne. Se ha comprobado que a menudo guían a los osos a los cadáveres para que este animal corte la piel y poder así acceder a la carne, una vez que el carnívoro se ha saciado. Extraordinariamente inteligentes, se ha descrito un comportamiento insólito entre las aves: a menudo se les puede ver jugando con la nieve simplemente por puro placer, dejándose caer, deslizándose entre algarabías de graznidos, normalmente en pandillas de compinches calaveras y trapisondas.

Una ingente variedad de mariposas brinca entre destellos de luz de un lugar a otro. Como hadas de cristal, es difícil observarlas posadas y en todo su esplendor, con las alas abiertas al sol, centelleantes. Cruzan el camino del viajero a cada momento, moteando el suelo del bosque de colores vívidos, como joyas vivas.

Sin embargo, los protagonistas entre los seres diminutos del bosque son los escarabajos, el orden de insectos con más especies del planeta. Hasta 6000 escarabajos diferentes se han descrito en este bosque, sin que entre ellas parezca haber una competencia aniquilante. Los distintos nichos quedan repartidos, y cada uno atiende a un tipo de madera, dependiendo del árbol o arbusto que la produce, de si está viva o muerta, de si hablamos del tronco, de una rama, de si es madera joven o vieja, o deteriorada por los hongos o no... Toda una variedad de buqués a los que la voracidad de estos xilófagos sibaritas da cumplida satisfacción.

Más de 1300 especies vegetales medran en Sequoia y Kings Canyon N. P. Las más llamativas son, obviamente, las flores. Innumerables, cabecean con languidez

aristocrática entre arbustos y ramas caídas. Los amarillos de los ranúnculos combinan con el color yema de la amapola californiana, mientras espigas de jacintos, ajos silvestres, lupinos y espuelas de caballero mezclan sus tonos azulados y violáceos. Contrastan con la paleta de rojos exhibidos por las aquileias (que localmente se llaman columbinas), los pinceles indios, o la extraña planta parásita conocida como «snow plant», de un rojo aterciopelado y sanguíneo. Dedaleras, azaleas, violetas, lirios, asteres de todo tipo, miosotis diminutas o girasoles enormes tapizan los claros y, sobre todo, las numerosas praderas cuyos suelos encharcados no permiten el crecimiento de los árboles.

El viajero recuerda su formación de biólogo, y el momento en que pudo admirar en la naturaleza, como especies comunes, algunas que solo puede encontrar en su tierra natal como ejemplares de jardinería. En Estados Unidos, plantas como peonías de todos los tonos de rojo, mahonias, salvias, yucas, cactus y otros endemismos denotan que este ecosistema es americano, y que crece en un clima mediterráneo dando lugar a la vegetación que por estos lares llaman «chaparral».

Los arbustos son más raros de encontrar. El suelo de un bosque de secuoyas maduro deja pasar poca luz solar. Aun así, algunos consiguen abrirse paso y se asoman aquí y allá, en los bordes de sombra que las secuoyas dejan entre unas y otras. Son lugares disputados, y en estos rodales, escasos, de luz directa, se apeñuscan no solo el sotobosque, sino árboles menores, como enebros y otras coníferas. Robles y árboles de madera blanda también pueden encontrarse, pero son relativamente escasos, y prefieren lugares diferentes a donde prosperan las secuoyas, como por ejemplo los terrenos de acceso a Giant Grove, más empinados, más expuestos y secos. Distintas especies de pinos, cedros, abetos y enebros completan el perfil arbóreo.

Osos entre las secuoyas

Sin duda alguna, no obstante, ver un oso se considera el logro más popular entre la mayoría de los visitantes. Estados Unidos posee tres especies de osos, solo presentes a la vez en Alaska: el oso blanco (*Ursus maritimus*), el carnívoro terrestre más grande del mundo; el oso pardo (*Ursus arctos*), con dos subespecies memorables: en orden de tamaño, el oso Kodiak y el grizzli; y, por último, el más pequeño de todos, el oso negro, el único presente en California, muy apropiadamente denominado *Ursus americanus*.

Al contrario de lo que su nombre común indica, el oso negro no suele ser negro, y abundan más los ejemplares con una pelambrera de color marrón oscuro y cobrizo. Es el menos corpulento, tiene la cara alargada y carece de la típica joroba entre los hombros que delata al grizzli. También se distingue de sus primos más grandes porque no hiberna toda la temporada fría, sino que suele despertarse a menudo, cuando es posible observarlo deambulando por el suelo nevado del bosque. Porque el oso negro es un especialista del bosque, donde se encuentra a gusto, y no le acaban de satisfacer las grandes montañas, que son el territorio del oso pardo americano. Son, como todos sabemos, muy inteligentes, y en poco tiempo aprenden a abrir cualquier tipo de recipiente donde hayamos guardado alimentos, a no ser que estos estén especialmente diseñados. Ya saben, incluso, cómo abrir los coches, y entre los carteles de advertencia más numerosos en los parques están los que nos dicen cómo evitar que los osos, de cualquier tipo, tengan acceso a nuestros víveres. Esto es mucho más importante de lo que pudiera parecer a primera vista, dado que un oso que aprende cómo alimentarse con comida humana no lo olvida, vuelve una y otra vez a por ella, incluye estos nuevos lugares de abastecimiento como pertenecientes a sus territorios y entonces se vuelven agresivos y osados. La única solución para evitar los ataques de estos osos es matarlos. Como tristemente concluyen las cartelas de advertencia, el traslado y reintroducción de los ejemplares «humanizados» simplemente no funcionan.

«Sequoia» es, en realidad —aprende el viajero— el nombre de un jefe cheroqui, «Ssiquoya», conocido también como George Gist (1770-1843). Muy sociable por naturaleza, gustaba de intercambiar parecer y mercancías con los primeros pioneros europeos, en una época en la que eso no estaba mal visto. Algún día hablaremos de la importancia de los «mestizos» en la colonización del «far west», antes de la llegada de una mentalidad puritana que consideró a esta raza híbrida poco más que una aberración pecaminosa.

Sequoia, perplejo ante la existencia de las «hojas parlantes», dedujo la importancia que la escritura podría tener para su propia tribu, y en 1821, y con la ayuda de su hija de seis años, llamada Ayokeh, creó un alfabeto de 85 signos para transcribir, como los europeos, su propia lengua. Ha sido la primera vez que un miembro de una cultura «iletrada» traduce a grafías los sonidos de un lenguaje humano.

En realidad, sobreviven dos tipos de secuoyas; una es la «redwood» costera, o secuoya oceánica (*Sequoia sempervirens*), más esbelta y grácil, menos pesada, también más alta. Las secuoyas presentes en Sequoia y Kings Canyon N. P. pertenecen sin excepción a la especie *Sequoiadendron giganteus*. Los miles de secuoyas en estos parques tienen de media una edad entre los 2200 y los 2500 años, y cada una pesa aproximadamente de 700 a 1000 toneladas. Su diámetro en la base es de 10 m (con un máximo que supera los 13 m) y una altura de 85 m (máximo de 95 m aprox.). El volumen medio se sitúa en los 800 m^3 (máximo rozando el doble, más de 1500 m^3).

Con un peso medio de 850 toneladas, la secuoya más pesada casi duplica esta cantidad. El elefante africano (*Loxodonta africana*) pesa seis toneladas. El ser terrestre más grande conocido, el dinosaurio *Dreadnoughtus schrani*, tenía 26 m de largo y 59 toneladas. La ballena azul, el animal más grande jamás descrito, apenas alcanza lo 30 m de longitud, y 170 toneladas de peso.

Secuoyas de más de 3000 años

En cuanto a cuánto pueden vivir estos gigantes, la respuesta no está clara. Como todos los árboles, su crecimiento no se interrumpe con la edad, y en el caso de las secuoyas, aunque no siguen creciendo en altura, sí lo hacen en grosor. La secuoya más vieja conocida tiene 3200 años. Sin embargo, como el árbol no se taladra para saber el dato exacto y este se extrapola mediante fórmulas y comparaciones con árboles caídos, esta edad podría ser mucho mayor. Se conocen secuoyas derribadas y ya muertas más viejas, con más de 3500 años, Algunas de estas extrapolaciones han otorgado a algunos de estos árboles hasta 6000 años, pero dicho dato ha sido desestimado.

El árbol más viejo no es una secuoya, sino otra conífera, el «bristlecone pine» (*Pinus longaeva*), con 4700 años. Domina las montañas que enmarcan el Parque Nacional de la Gran Cuenca (Nevada). Al igual que las secuoyas, constituye una excepción a la regla de las sucesiones botánicas, dado que no es una especie de reemplazo de un bosque maduro (como chopos y abedules dan lugar a encinas y alcornoques cuando un incendio arrasa un terreno y comienza a crecer un bosque nuevo), sino una especie colonizadora. Este, también llamado, pino Matusalén utiliza otra estrategia para vencer al tiempo. Para evitar competencia, crece como especialista donde no lo hace nadie, terrenos altamente calcáreos, dolomíticos, secos y subdesérticos. Allí no hay ni agua ni alimento suficiente para ninguna otra planta, pero nuestro anciano no tiene prisa. Crece a un ritmo tan pausado que su necesidad de minerales y agua es ínfima. Crecer lento para durar más, estrategia que también siguen los grandes reptiles, por cierto.

Las secuoyas crecen en un intervalo muy estrecho de altura, entre los 1500 m (más bajo es demasiado seco) y los 2500 m (más alto, por el contrario, demasiado frío). No obstante, no en todo este cinturón de altitud (conocido como «Sequoia Belt») se

desarrollan bien. Se han contabilizado 75 emplazamientos que resultan adecuados para la pervivencia de estos gigantes y en los cuales crecen de manera efectiva. En estos lugares, el suelo es fundamental. Debe estar húmedo, pero no encharcado. El enorme complejo de raíces necesita de un sustrato firme para sujetar en el futuro pesos tan colosales (recordemos, más de 600 toneladas). Como ha ocurrido varias veces en la historia, un aumento del nivel freático de pocos centímetros puede dar al traste con la sujeción del suelo, y 2000 años de edad dan para muchos microcambios climáticos. Por la misma razón, las pendientes excesivas tampoco les sirven.

Justamente, el lugar más extenso entre estos lugares perfectos es el que se conoce como «Bosque de los Gigantes» («Giant Grove»), y reúne todas las características necesarias para disfrutar de un bosque de secuoyas en todo su esplendor.

Los árboles que crecen en las orillas de las praderas que rodean a las pequeñas charcas y lagunas en estos paraísos perfectos para secuoyas suelen ser los primeros en caer, y todas estas idílicas extensiones de hierba esmeralda muestran las carcasas venerables de estos monarcas derribados. «Big Trees Trail», un sendero circular que discurre alrededor de una de estas praderas pantanosas cerca del Centro de Interpretación del parque, es un lugar para observar de primera mano este fenómeno. En este sendero, el suelo de granito está a una media de tan solo un metro de profundidad. Apenas se comprende cómo es posible que árboles tan grandes posean sistemas radiculares tan superficiales. Normalmente, las raíces son diez veces más voluminosas que la parte visible de la planta. Si eso es así, ¿cómo se las arreglan estos árboles?

Las secuoyas son árboles polimorfos respecto a la edad, como otros muchos. Esto es, su aspecto varía sensiblemente con la edad. Nacen de piñas del tamaño de un huevo pequeño de gallina, algo mayores que una pelota de pimpón. Cada una de estas piñas

puede liberar hasta doscientas semillas de un tamaño diminuto, y tan leves como un copo de avena. Probablemente, la parábola del grano de mostaza se habría narrado con secuoyas, de haber nacido el Profeta en esta región del globo.

En condiciones ideales, las semillas germinan y dan lugar a un ramillete de acículas lanceoladas el primer año de vida. Es la primera fase del crecimiento.

Esta secuoya recién nacida da lugar a un bebé de hasta un par de metros de altura, la segunda fase, cuyo aspecto es el de un arbusto de ciprés, con tallo no dominante y hojas escamosas cubriendo totalmente las ramas. Parecen más pequeños enebros que secuoyas. Estos árboles bebés se convierten en secuoyas adolescentes cuando alcanzan una forma cónica típica de árbol de navidad, su tercera etapa. Otra vez bajo ciertas condiciones, los jóvenes árboles cambian de fisonomía, crecen en altura, perdiendo las ramas bajas y enseñando a todo el mundo, orgullosos, sus troncos anaranjados y gruesos, que parecen recubiertos de una pilosidad diminuta, lo cual es una ilusión óptica. Sus copas son alargadas, cilíndricas y redondeadas, pero uniformes. Son los árboles adultos, la cuarta etapa de esta curiosa metamorfosis.

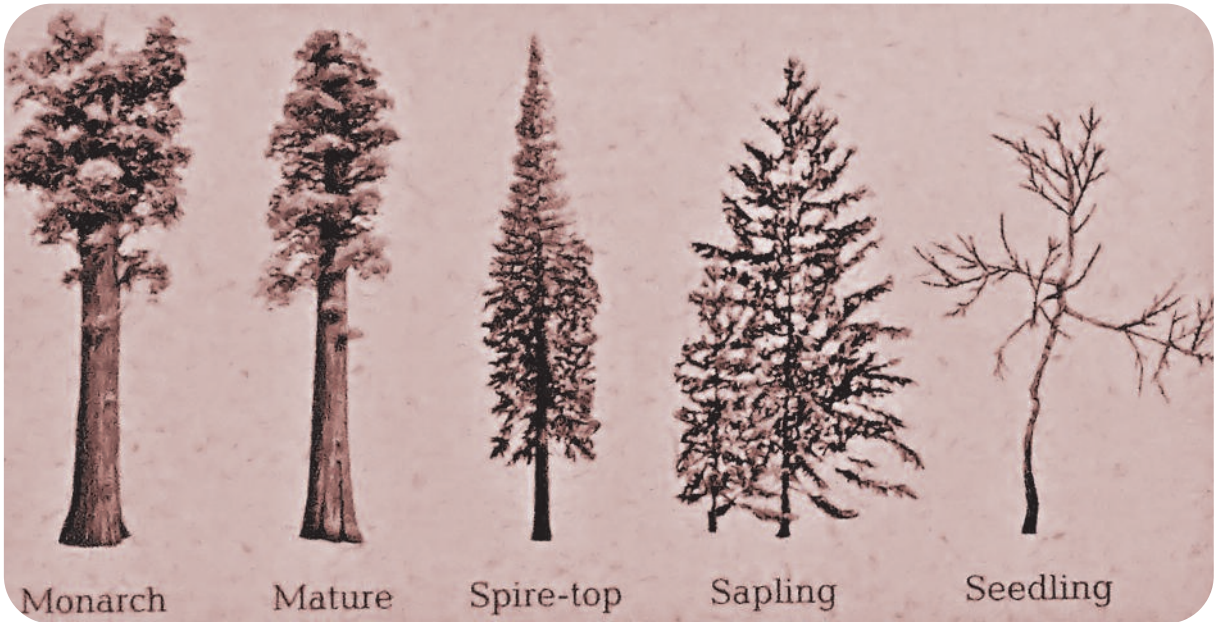
Incendios que revitalizan

Solo el tiempo y sucesivos incendios pueden provocar otro cambio en las secuoyas. Mediante daños radiculares, la cima del árbol y diferentes ramas de la copa se secan. El árbol no crecerá más en altura, pero sí con nuevos brotes de nuevas ramas y en anchura troncal. Son los árboles «monarcas», el último estadio del crecimiento de las secuoyas gigantes.

Las condiciones para los sucesivos cambios, desde la apertura de las piñas a la solemne muerte por derribo de estos titanes, se deben siempre al mismo factor: el fuego.

Ya hemos mencionado anteriormente que, en seres que pueden alcanzar más de 2000 años de edad, estar protegidos contra el fuego es algo simplemente imprescindible.

Una secuoya monarca resulta inatacable, salvo en los incendios más destructores y



calientes, donde no solo arden las copas, sino que estas partes altas se reducen a cenizas. Los árboles mediterráneos típicos están protegidos contra el fuego con una corteza que arde muy difícilmente, y ejemplares de alcornoques, pinos y secuoyas lo atestiguan. La corteza de estos árboles no solo arde muy mal, sino que la presencia de innumerables burbujas de aire en su interior aísla el interior del tronco, la médula, del calor extremo de los incendios. Este aislamiento perfecto del sistema conductor de savia es el que permite a las coníferas sobrevivir también al frío, y por eso son especies dominantes en las regiones preárticas y subalpinas.

Por contraparte, muchos de ellos tienen savias pegajosas y muy volátiles, que arden con facilidad. Están destinadas a que la hoja y las pequeñas ramas se consuman rápido, sin que esta quema aporte un calor prolongado e insoportable al árbol, que propicia su autoinmolación en las llamas.

En el caso concreto de las secuoyas gigantes, la capa externa es muy gruesa, y carece de resina. Simplemente no arde, salvo en contadas ocasiones, que también son aprovechadas en el ciclo vital del árbol. Pero el calor de un incendio, de todas formas, se transmite a la copa, donde están las piñas, esperando su momento.

Cada piña fertilizada a finales del invierno es capaz de aguantar en la rama mucho tiempo, hasta veinte años. Su momento llega exactamente con el incendio. Con las llamas, cada piña de cada pino del mundo detecta el calor a los pies del árbol madre, y pasado el momento de mayor sofoco, se abren. Centenares de piñas en cada rama. Miles de piñas en cada árbol. Decenas de millones de semillas encapsuladas llueven sobre el suelo del bosque prácticamente a la vez. Este hecho no es superfluo, porque las semillas vienen a caer sobre un suelo quirúrgicamente esterilizado por el mejor elemento esterilizador conocido, el fuego.

La vida se renueva

Estas semillas, diminutas e indefensas, no crecerían si un incendio no hubiera eliminado previamente los hongos y los insectos que las habrían devorado con eficiencia. No crecerían si el suelo no estuviera totalmente limpio, y abonado con una generosa capa de ceniza. No crecerían si la competencia por la luz del sol no hubiera desaparecido. No crecerían si hubieran caído en el suelo seco y expuesto de un pinar. El incendio que las vio nacer elimina, además, la posibilidad de otro incendio en los años venideros, al menos durante la etapa en que las plántulas se vuelven resistentes a los mismos en forma de secuoyas adolescentes. Los incendios en condiciones naturales se producen tan a menudo como en frecuencias de tres a cinco años, ¿cómo no van a estar preparados estos árboles para sobrevivirles?

Tras una oleada de llamas, multitud de diminutas secuoyas se lanzan a suceder a los ejemplares de su especie y de otras que hubieran caído por el incendio. Un segundo fuego temprano no acabará con todas, porque las llamas ya no se dispersarán rápidamente sin combustible, y seleccionará algunas secuoyas entre todas las posibles, eliminando competencia y produciendo retoños más fuertes y sanos. Hermanas con la misma edad, hijas todas probablemente de la secuoya más cercana. Si sobreviven juntas, crecerán juntas y se apoyarán la una en la otra. Por eso es fácil observar parejas, tríos, grupos de secuoyas todas creciendo próximas, todas de la misma edad y tamaño.

Con hojas por todo el tallo en las secuoyas «niñas», y con ramas cuajadas también de hojas verdes en todo el tronco, la superficie fotosintética se amplía, los nutrientes se fabrican de manera eficaz, continua y rápida, y la secuoya alcanza pronto la tercera etapa descrita, la del cono. Su crecimiento es vigoroso, las condiciones se han encargado de ello. También raudo, hay prisa por vivir.

Mientras estos adolescentes ganan altura, otros incendios los pulen, los modelan. Las ramas bajas arden con facilidad y caen. Ramas que de todas maneras ya no son efectivas, porque están a la sombra y no pueden realizar la función fotosintética y alimentar al árbol. El crecimiento en altura se ralentiza, porque solo aquellos que se alzan al sol obtienen suficiente alimento para continuar medrando. Si no es así, si la secuoya está a la sombra de otros ejemplares adultos o monarcas, es capaz de contener su crecimiento, de vegetar a la espera del relevo. Los bosques de secuoyas están repletos de secuoyas centenarias que, paradójicamente, no son más gruesas que un bastón.

Mientras, nuevas quemas se suceden. Algunas son leves, otras son realmente intensas. Las peores son las que tardan en venir, porque debajo de los árboles y por toda la superficie del bosque se han ido acumulando toneladas y toneladas de detritus y madera inflamable. Tras un período dilatado de tiempo frío y húmedo se sucede otro seco y caluroso. El escenario está preparado para un fuego de gran calibre. Estos grandes fuegos se suceden con una media de veinte años, por lo que una secuoya adulta puede haber sobrevivido a más de cien.

Un incendio relativamente fuerte (no devastador) de estas características provoca que las raíces puedan dañarse. Un desprendimiento, un exceso de caminantes también, y entonces la raíz muere, y el conducto que lleva el agua y los minerales a la copa se seca, ya no funciona. Empiezan a aparecer en la parte alta del árbol zonas muertas, no por enfermedad, sino porque ya no les llega aporte de materiales desde el suelo. Usualmente, la rama que suministra agua a la parte más alta también deja de cumplir con su función, y entonces la secuoya madura comienza a convertirse en una monarca. Sin posibilidad de crecer en altura, y con algunas ramas secas aquí y allá, la forma cilíndrica de la copa se convierte en una irregularidad de ramas aún con hojas verdes, que resistirán quizás otros mil años en la cima del árbol.

Estos incendios fuertes, y los devastadores, provocan pequeñas quemaduras en el tronco, escaras, que sucesivos incendios acaban ampliando, generalmente como triángulos negros, visibles. No obstante, la capacidad de los árboles para reparar estas

heridas del tronco es asombrosa, y numerosos ejemplares huecos retoñan porque han sido capaces de autorrepararse, si han tenido tiempo suficiente. Estos «terminators» de madera y savia buscan formas alternativas de cicatrizar las heridas, por grandes que sean, y no son raros los ejemplares con troncos prácticamente huecos hasta una altura o en un volumen considerable.

Pero ambos fenómenos, las escaras crecientes y el desequilibrio del peso de la copa por peso muerto, provocan más tarde que pronto el colapso total de la estructura arbórea. El gigante ya tiene el final marcado, y una nevada copiosa, un fuerte vendaval o un cambio en la textura del suelo pueden terminar con el monarca en tierra.

Sin embargo, en el árbol que ha tenido la suerte de crecer en grupo, este final se retrasa. Las secuoyas que han crecido juntas son capaces de sujetarse unas a otras, y árboles de troncos delgados como suspiros resisten apoyados en el colega. Los grupos de árboles actúan como auténticos «amigos», ampliando sensiblemente el tiempo que los monarcas pueden resistir en pie. Tampoco son escasas las secuoyas que se fusionan en la base, creciendo como parejas inextricablemente enlazadas, de por vida, con una plataforma natural que las fortalece ante posibles inclemencias.

El apoyo mutuo no solo ocurre en superficie. Los científicos han descubierto que, antes de competir, las raíces de las secuoyas gigantes también colaboran unas con otras. Por eso los árboles gigantes que crecen en un suelo tan somero no caen con la frecuencia esperable. Sus raíces se traban unas con otras, y antes que competir selectivamente, generan basamento en forma de red sólida y a la vez flexible, una peana viva de centenares de kilómetros de raíces fuertemente trabadas. Estas raíces, por supuesto, están altamente micorrizadas, comportamiento presente en la mayoría de los árboles. Esto significa que han establecido inmemoriales asociaciones simbióticas con distintos tipos de hongos, de los que reciben, entre otras ventajas, una mayor capacidad de captación hídrica, mientras que la secuoya se encarga de alimentar fotosintéticamente a su invisible y subterráneo amigo.

Se ha observado una última adaptación que distingue a un verdadero monarca de una secuoya simplemente adulta. Los árboles mayores muestran una última transformación prodigiosa: su tronco se vuelve cónico, ligeramente más ancho en la base que unos metros más arriba. De esta manera, un tronco de mayor diámetro posee más estabilidad, y es capaz de sostener más peso ante los distintos factores que afectan al equilibrio vital del árbol.

La muerte del monarca

Pero un día, sin señal aparente, el rey cae, víctima de su propia grandeza. Es su peso el que a la postre lo derriba. Con la copa irregular, con heridas cada vez mayores en el tronco, como medallas de superación de viejos incendios, el árbol se debilita lo suficiente y, aún en su esplendor, no es capaz de aguantar el equilibrio. Quizás la última nevada terminó con sus fuerzas, o una sequía prolongada ha dañado más allá de lo recuperable sus raíces. Entonces el coloso cae, rompiendo las conexiones radiculares a pie de tronco. Imaginen el estruendo reverberando en el bosque, traten de recrear en la mente el colapso de uno de estos cíclopes, como a cámara lenta, mientras hace estallar a su alrededor todo lo que encuentra a su paso. El derrumbe como de avalancha de tronco y corteza, de madera doliente, provoca un estruendo horrísono, audible en kilómetros a la redonda:

«El inmenso árbol se estremeció como en agonía y con un sonido apabullante, rugiente y ensordecedor, cayó, partiéndose en un millón de pedazos» (cita de un testigo de la caída de un monarca en 1893).

Tras el último grito agónico, una vez hecho el silencio, puede el viajero observar un curioso fenómeno. La mayoría de las secuoyas caen pendiente arriba, y la razón es fácil de entender. Normalmente, el aire caliente de los incendios, y las propias llamas, suben por convección, luego el ataque inicial siempre se provoca de abajo arriba en la pendiente. El árbol tendrá las ramas secas en este lado, más peso en el lado contrario,

y su tronco empezará a dañarse por la parte que mira hacia abajo. La herida suele mirar siempre al valle, y el árbol, como si tuviera vocación de mares lejanos, cae con su base apuntando hacia esa dirección.

El alto contenido en taninos del tronco lo vuelve prácticamente indestructible. Los compuestos bioquímicos que una vez la protegieron en vida hacen que, aun muerta, el tronco de una secuoya siga siendo intocable tanto para los insectos como para la podredumbre fúngica.

En cualquier caso, la pérdida del monarca no ha sido en vano. El rey ha muerto, ¡viva el rey! El hueco dejado en el techo de esta selva templada apresura a la progenie del propio destronado a llenar el hueco, y es posible que los delfines reales, los príncipes pacientes que han estado esperando por siglos a la sombra de sus padres, tengan ahora la oportunidad que su supervivencia les hace merecer. Como todas estas secuoyas tienen la misma edad y aproximadamente el mismo desarrollo, esta es la razón por la que asociaciones de ellas están destinadas a compartir vida durante milenios. Algún karma vegetal e incomprensible les lleva a compartir su nacimiento, crecimiento y, probablemente, muerte. Ese mismo karma puede hacer que, cuando una de ellas se encuentre mortalmente herida, aún podrá mantenerse algunos años más gracias al apoyo de sus hermanas. No hay constancia de este «comportamiento» entre otro tipo de plantas, si tal palabra, en sentido estricto, pudiera ser aplicada a un vegetal.

Cuando el ser humano se propone intervenir en la naturaleza, conservando, recuperando o gestionando, suele equivocarse de manera espectacular al principio. Luego, tras sucesivas veces, alcanza el grado suficiente de comprensión de las relaciones que mantienen a un ecosistema sano, y sus errores ya no son tan garrafales ni petulantes. La ignorancia es muy atrevida, y los ejemplos de una intervención bien intencionada, pero desastrosa, son más numerosos de lo que cabría esperar, porque una y otra vez se repite el mismo error: actuar sin un conocimiento profundo y

adecuado. Sequoya & Kings Canyon N. P. no escapa a estos errores de intromisión, como no escaparon en su día Yellowstone, Sierra de Cazorla o la Gran Barrera de Coral.

El fuego es considerado popularmente como el enemigo a combatir en el bosque. Desde finales del s. XIX, las empinadas laderas de acceso a Kings Canyon desde el Valle de San Joaquín habían caído en manos de gestoras que se ocupaban de su cuidado. En un exceso temerario de buenismo, estos responsables se apresuraban con diligencia a apagar cualquier conato de incendio forestal que se desataba en el bosque. Los incendios menores desaparecieron. El control prácticamente absoluto de los pequeños fuegos que, muy al contrario de lo que se pensaba, facilitan el reemplazo generacional, presentaba un riesgo añadido subyacente: el acúmulo constante de detritus combustibles.

Durante años no hubo ninguna llama que limpiara el suelo y, cada año, toneladas de desechos naturales se iban amontonando en este. Los arbustos crecieron sin control hasta alcanzar una masa desequilibrada, que evitaba el crecimiento de hierbas y arbustos menores, imprescindibles para la población de herbívoros del parque. Ramas, hojas, piñas, troncos y más detritus se agolpaban por millones de kilos bajo las copas colmadas de los árboles, preparando el desastre que finalmente llegó en 1955.

El año 1955, que había resultado especialmente seco, terminó con un septiembre ventoso. La vegetación mediterránea, rica en sustancias inflamables como los aceites y resinas, la proliferación de arbustos pirófilos, que propagan de manera natural el fuego, y el perfil de las poblaciones vegetales presentes y pasadas habían ido gestando el momento propicio de la desgracia. Una tarde, una hoguera «controlada» desencadenó el apocalipsis. Una chispa saltó hambrienta a este maremágnum de combustible, y el fuego se extendió con tal rapidez que no pudo ser controlado en sus inicios. Era algo inevitable, y como inevitable, tarde o temprano acabaría ocurriendo.

Los resultados escaparon totalmente del control previsto, y alcanzaron daños que nadie había podido prever. El incendio McGee, que tal es como se le conoce, pronto se cebó con tanta madera de mala calidad, y las llamas se expandieron con rapidez pendiente

arriba, buscando con voracidad más y más, alimentadas por las corrientes convectivas. Todo se puso a arder, y se mantuvo ardiendo más de lo esperado, contagiando con este fuego persistente a la parte alta de cada ejemplar, alimentado por la leña acumulada a cada pie de cada árbol. Las copas ardieron, se calcinaron, se cocieron durante tanto tiempo como duraron las llamas a sus pies. Los sistemas de contención del calor fallaron, y ya no importó ni la ausencia de resina ni las cámaras de aire, y los troncos se quemaron hasta su mismo centro. Todo desapareció, el árbol maduro y sus piñas, las semillas del suelo y por supuesto, los árboles jóvenes. Todo arbusto y toda hierba se tornó ceniza. Todo rastro de vegetal, fuera semilla, brote o individuo, quedó borrado. Todo fue destruido por un episodio de «fuego extremo» inconcebible en un monte bien gestionado. No quedó nada, salvo apenas un puñado de troncos tiznados, como negros signos de exclamación contra el cielo, y contra la estupidez humana.

Hoy, setenta años después del desastre, toda una parte de la sierra sigue alterada, y la recuperación es lenta y tediosa. El hombre y su inconsciencia evitó la renovación natural, y ahora solo puede ayudar en una regeneración que jamás volverá a producir el bosque primigenio, porque las condiciones son otras.

El viajero deambula con actitud reverente entre troncos que superan su entendimiento. Le pareciera que está en una catedral gótica hecha de madera viva, participando en alguna procesión mistérica. El tiempo parece congelado, quizás en un contagio irrefrenable del congelado tiempo que estos troncos atesoran. Más que una exploración del lugar, el viajero tiene la sensación de estar participando en algún tipo de rito, de ceremonia íntima, que gotea en su interior, a la vez saciándole y despertándole una extraña sed.

Poco a poco sale de este trance, y la información que el Servicio de Parques coloca estratégicamente en cartelas y pósteres le ayudan a ello. Así se va enterando de detalles,

de curiosos datos que le ayudan a integrar todo lo que discierne en una percepción más completa de esta realidad multidimensional, donde lo que pasa en la copa es reflejo de lo que acontece en el suelo, donde seres de conciencia mecánica sobreviven en un complejo social basado en la ayuda mutua, donde cada paso está previsto, porque han sido testados a lo largo de milenios. Un lugar donde la ciencia y la espiritualidad se dan la mano bajo doseles de sombra verde, de rayos de sol que alumbran el suelo, mariposas de luz que destellan en la hierba, saltan entre las flores, danzan sobre los aterciopelados troncos de jaspe.

El viajero decide que ya es hora de visitar los ejemplares más famosos de secuoyas, considerados los gigantes entre los gigantes. Abundan los árboles, solos o en grupos, bautizados con nombres conmemorativos, que los individualizan para mostrar al viajero las peculiaridades de las secuoyas gigantes. Quizás el más curioso de ellos sea el «Monarca Caído», un tronco de secuoya derribado hace siglos, nadie sabe cuándo, y cuyo interior hueco ha permitido su uso durante todo ese tiempo. El Monarca Caído muestra en su interior restos de poblamiento indígena, por lo que el vaciamiento de su tronco hubo de producirse durante algún o algunos incendios, en un momento realmente ancestral. Este tubo de madera hueco muestra los restos del fuego que lo talló, paciente, y el espacio que alberga es tan grande que en su momento albergó un hotel con un casino. Fue elegido por una brigada de quince trabajadores para dormir, junto con cada una de sus camas, cuando se comenzaron los trabajos de acondicionamiento de Kings Canyon, lugar donde se encuentra. La tropa de caballería lo dedicó a establo de sus monturas. Aun así y a pesar de todo este trasiego, una fotografía que se muestra con orgullo local en uno de los extremos, tomada a finales del s. XIX, muestra que esta caverna de madera apenas ha cambiado en los últimos 150 años.

Los generales

Los árboles que alcanzan los récords tienen nombre de militares estadounidenses: General Sherman y General Grant. El segundo es el más ancho entre las secuoyas; el General Sherman, el más voluminoso y pesado.

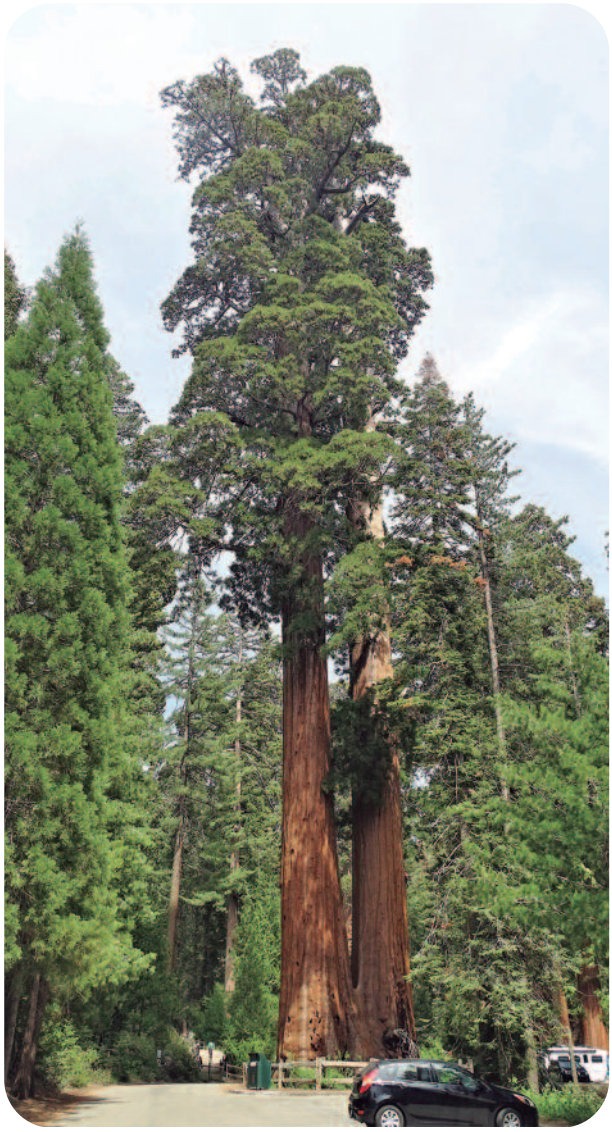
El General Sherman es el árbol más grande, en sentido estricto, conocido, y por ello probablemente el mayor ser vivo en nuestra Tierra. No es el más anciano (que ya hemos mencionado que es un pino matusalén), ni el más alto (récord que corresponde a una prima

secuoya oceánica, ni el más ancho (el árbol de Tule, con casi 15 m de diámetro ostenta el récord; a su sombra caben quinientas personas). Pero ningún otro ser vivo tiene el volumen de madera, de cuerpo, de este coloso.

Como una buena representación de las secuoyas monarca, su copa está muerta, y algunas de sus ramas también. Incluso algunas de estas ramas han caído ya, y su tronco inmemorial muestra heridas de incendios a los que ha sobrevivido. Sus 2200 o 2700 años de edad dan para muchos incendios. Por estar vivo, el General Sherman sigue creciendo cada año más y más en grosor a lo largo de todo el tronco, desde la base hasta la última rama. La cantidad de madera biosintetizada anualmente por el General Sherman es tan grande que podría equivaler en su conjunto a la de otro árbol de buen tamaño, aproximadamente un castaño de 2 m de diámetro en tronco.

Sus dimensiones no son humanas, no se pueden apreciar, no hay nada con lo que compararlo. Su cima, a casi 85 m., supone casi cuatro veces la longitud de una ballena azul, el animal más grande que nunca haya existido. Es tan alto que la tea de la Estatua de la Libertad aún no la sobrepasaría. A la mitad de su tronco se podría albergar la lanzadera espacial, y un diplodocus a sus pies parecería una ardilla, si lo viéramos a suficiente distancia. En los 90, su circunferencia en la base era de más de 30 m. Otra foto antigua, fechada en la primera década del pasado siglo, muestra una compañía de caballería de nueve caballos en fondo a sus pies.

Su segunda rama mayor se cayó, seca, en 2006 (la más grande aún permanece unida al tronco). Nadie fue testigo y no hubo daños personales, solo el destrozo de la valla que lo perimetra y del enlosado que protege sus raíces de los viajeros. Esa rama tiene más



de 1,5 m de diámetro. Mirar desde la base a este titán es equivalente a un ratón doméstico mirando desde sus pies a un ser humano de 1,80 m de altura.

El árbol tiene casi 11 m en su base de forma cónica: un autobús aparcado en su base no lo rebasaría. Si se llenara todo su volumen de agua, este contenido podría abastecer un baño diario durante 9844 días, es decir, durante 27 años.

El General Grant, otra *Sequoiadendron giganteum*, es más ancho, superando ya los 12 m, ostentando el récord de secuoya más ancha, y también la más alta de las de su especie. El Grant es ligeramente más alto que el Sherman, y fue bautizado con este nombre en 1867 en honor al famoso Ulysses S. Grant, general de la Unión y después presidente. Es un árbol joven, que no ha alcanzado su plenitud como monarca, porque solo tiene entre 1700 y 2000 años. Muchas de sus parientes cercanas tienen 3500 años.

El General Grant necesita veinte personas con las manos entrelazadas para rodear su circunferencia de más de 33 m y 12 de diámetro. O toda una clase de Primaria, si lo prefieren. En su interior cabrían 160.000 pelotas de baloncesto, o 40.000.000 de pelotas de pimpón. Pesa unas 1325 toneladas. Su primera rama, de metro y medio de ancho, le crece a 40 m de altura, es decir, como en la azotea de un edificio de diez plantas.

Todos estos detalles, que el viajero lee ávido en los carteles a los pies de estos ejemplares, satisfacen su curiosidad, y le ayudan a vivenciar mejor la grandeza de los árboles que contempla. A veces, piensa, conviene ubicar la posición de uno mismo respecto de otros seres, vivos o no, en nuestro planeta. Nuestra grandeza siempre es relativa. El viajero considera que la naturaleza no fue creada para el uso del ser humano, ni mucho menos, aunque eso no le impida disfrutarla, sentirla, apoyarse en ella para sus vivencias más íntimas.

Un último dato le apunta el hecho de que las secuoyas gigantes están cobrando la importancia que se merecen, y su lugar está siendo reivindicado. La silueta de las secuoyas gigantes figura en el escudo en forma de flecha de sílex del National Forest Service, que identifica a sus *rangers*, y la humilde piña de estos magníficos árboles la portan con orgullo tanto en el cinturón como en el sombrero.

Una sorpresa espera al viajero, guardada en el fondo de cada una de las lagunas, apenas charcas, que tachonan Sequoia & Kings Canyon National Park: el polen. Estas láminas de agua retienen y conservan muy bien el polen de las plantas de alrededor, polen que no se suele esparcir en abundancia más allá de los 20 km. Su análisis, terreno de la palinología —una rama de la botánica—, ofrece una información muy valiosa de las comunidades vegetales que se suceden a lo largo del tiempo en una zona determinada, dando una idea muy precisa de los hábitats y de los climas que se han venido sucediendo a lo largo de las eras.

Siendo así, los estudios han revelado que hace 12.000 años, durante la última Edad del Hielo, un frente glaciar de 150 m de altura ocupaba la mayoría de estos terrenos, y plantas alpinas semejantes a las que crecen hoy por encima de los 1500 m poblaban el poco suelo disponible. Una segunda fase post-glaciar, más seca pero más fría, redujo esa flora a una vegetación de artemisias («sagebrush») y pinos, hace entre 12.000 y 4000 años. A esta fase sucedió otra, que empezó hace 4000 años, donde se instaló el clima mediterráneo templado, con suficiente aporte de agua y nieve, y sin temperaturas extremas en invierno, lo cual permitió el desarrollo de las secuoyas. Eso significa que este bosque es en la práctica tan antiguo como el último cambio climático. Sus árboles más viejos nacieron poco después de que se posibilitara su existencia, luego en realidad esto es un bosque «joven».

Hace entre 2000 y 3000 años, estos gigantes eran retoños de centímetros de altura, o no habían nacido aún. Bebés destinados a sobrevivir a incendios, a microcambios de clima, a terremotos, a fortalecerse con estas situaciones y crecer en compañía, en ayuda mutua, mientras preparaban las generaciones que hoy esperan el reemplazo a la sombra de sus progenitores. El ser humano apenas había caminado por estas tierras, y

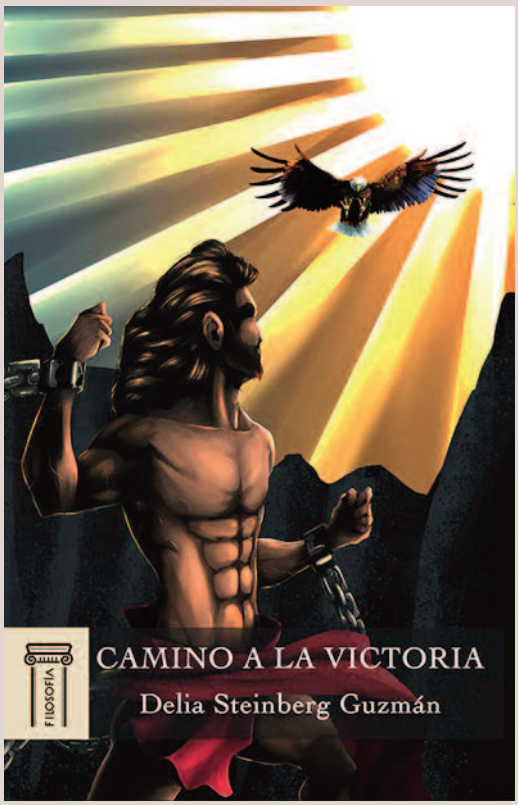
solo hoy podemos hablar de sus maravillas en su plenitud. Se han necesitado más de 2000 años para que nuestra generación disfrute de este milagro asombroso.

El viajero se pregunta: dentro de otros 2000 años, ¿otra generación se asombrará también de estos árboles, medirán sus alturas, sus troncos, compararán su edad? O peor, ¿mencionarán en vetustos tratados de botánica que alguna vez hubo gigantes de madera que maravillaron al ser humano de nuestros siglos, pero que ya se extinguieron?

El cambio climático es un hecho innegable, aunque algunos discutan aún su origen y causa. Forma parte de un cambio global que está afectando a todos y cada uno de los seres vivos del planeta, y ya se han encontrado plásticos en las fosas abisales y contaminantes en los líquenes más aislados de los polos. El ozono emitido en la bahía de San Francisco llega aquí, y merma la tasa de fertilidad de los piñones de secuoyas, el incremento de temperatura reseca el ambiente y la merma de precipitaciones no aporta el agua necesaria para alimentar estos árboles, y cambia la textura del suelo que los sostiene.

Dentro de 2000 años, ¿habrá alguien que componga canciones sobre estos dioses de madera, mientras pasea a su sombra?, ¿o se habrán tornado solo un borroso recuerdo imposible de resucitar?

En nuestro presente está su futuro.



Reseña de LIBROS

Dori Perea

Título: *Camino a la victoria*

Autora: Delia Steinberg Guzmán

N.º de páginas: 109

Editorial NA

Año de edición: 2021. Madrid.

ISBN: 978-84-96369-61-7

La autora ha dedicado su vida a estudiar filosofía, transmitiendo su belleza, su humanismo y sus valores a través de conferencias y libros. En sus obras encontramos títulos tan sugerentes como *El héroe cotidiano*, Hoy vi..., *Los juegos de Maya*, *Me dijeron que*, *El ideal secreto de los templarios*, y una gran cantidad de artículos publicados en la revista Esfinge.

Su nuevo libro *Camino a la victoria* se divide en los siguientes capítulos: «El héroe», «Los miedos», «El valor» y «La victoria». Nombres extraídos de una preciosa frase, que está al comienzo y dice:

«El HÉROE a pesar de sus MIEDOS, lucha con VALOR por la VICTORIA».

A veces no comprendemos lo que pasa en nuestras vidas, aspiramos a algo que no sabemos definir; por lo tanto, no sabemos preguntar, ni quién nos puede ayudar. Sin embargo, en ocasiones la ayuda nos viene en forma de libro, que responde a nuestras preguntas. Este libro es un buen ejemplo de ello.

Todos estamos en el camino de la vida, el final es siempre el mismo: la conquista interior a través de la superación de las dificultades.

Los problemas más importantes, que tenemos que vencer, siempre se presentan bajo diferentes aspectos. Se figuran simbólicamente como los «monstruos» que aparecen en el camino de los héroes y que ellos combaten. Representan la lucha contra sus propias imperfecciones y debilidades. La diferencia entre el héroe y nosotros es que él controla su temor.

El miedo es propio de la condición humana. La autora nos propone unas sencillas llaves para lograr el triunfo. Y dice: «La vida bien vivida es siempre heroica».

Dedica el libro a todos los valientes anónimos, a los que nadie conoce y quieren superar sus desasosiegos. A los valientes que quieren encontrar una salida en el laberinto de la vida, buscando la liberación interior.

los JUEGOS PÍTICOS

Sony Grau Carbonell

Si bien en la Grecia arcaica hubo diferentes formas de gobierno entre ciudades-Estado, también es cierto que, entre estas polis había una fluida relación cultural. Filósofos, poetas, músicos o escultores visitaban las ágoras de Atenas, Delfos, Tebas, Argos, Esparta y otras muchas desde Tesalia a Beocia, de Ática al Peloponeso, depositando en ellas cada cual su saber y su arte, despertando conciencias, como las abejas desprenden el polen que florece en distintos lugares.

De este modo, fueron eclosionando diversas enseñanzas filosóficas, obras poéticas, hermosas esculturas, templos majestuosos e himnos solemnes bajo los auspicios de los dioses patrios, imprescindibles para la ciudad y para sus habitantes, pues sin ellos no habría protección, y sin los habitantes los dioses no tendrían holocaustos en su honor. Todo ello como una transmisión del espíritu que anida en el ser humano, aunque, para completar la armonía antropológica de este ser fue necesario cuidar, desarrollar y disciplinar el cuerpo como vehículo y templo de todos los dones de Zeus, Poseidón y Apolo con sus musas. Así, se instauraron los Juegos Olímpicos, las milenarias Olimpiadas de la juventud griega, esta vez en honor del todopoderoso y olímpico Zeus. Cuatro fueron los juegos llamados panhelénicos ubicados en las ciudades-Estado de Corinto, Delfos, Nemea y Olimpia.

Pero, si bien estos juegos se han desarrollado en dimensiones planetarias en su vertiente moderna, gracias a Pierre de Coubertin y su empuje visionario, no han sido de igual modo los dedicados al espíritu artístico humano; los Juego Píticos o Délficos. Cierto es que Pierre de Coubertin quiso inicialmente desarrollar esta idea cultural; pero lamentablemente no tuvo frutos importantes. Posiblemente porque se quiso desarrollar bajo la bandera de las Olimpiadas deportivas, cuyo error ha sido dejar de lado la importancia de los Juegos Píticos-Délficos que, en origen, se debían celebrar en el intervalo anual de las Olimpiadas, o sea, dos años después y así consecutivamente.

Tradición ¿mítica?

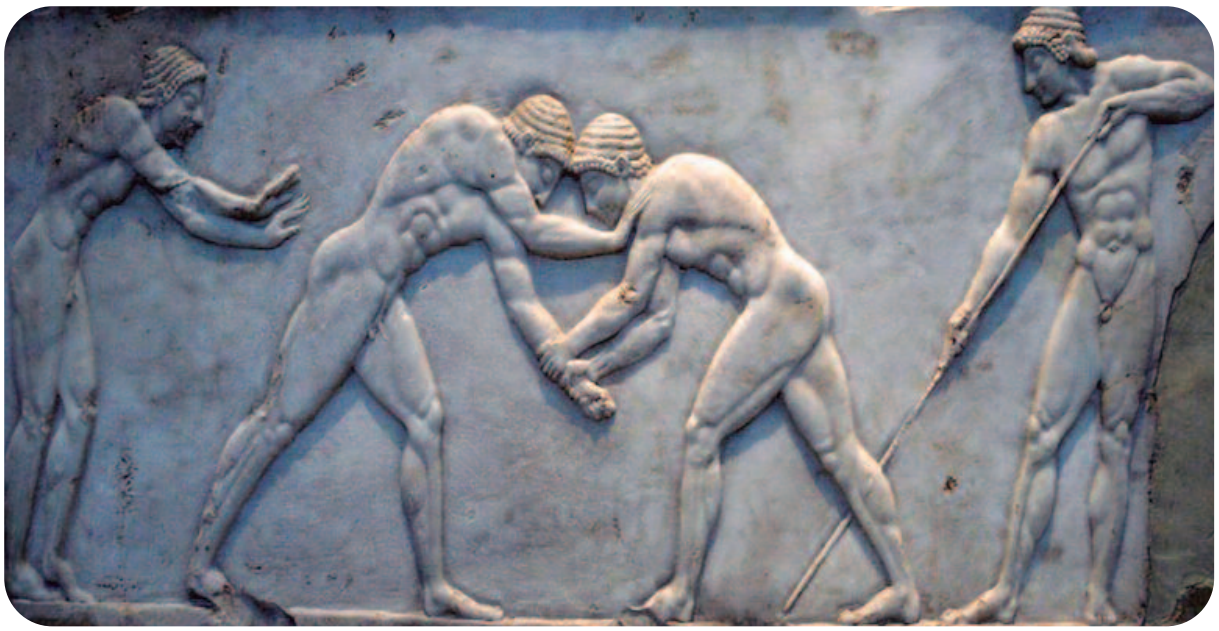
El catedrático de Filología Griega Fernando García Romero nos dice que en el mundo griego antiguo hubo diferentes juegos deportivos y que, de todos ellos, destacaron cuatro: Ístmicos, Nemeos, Olímpicos y Píticos, que se celebraban desde una profunda inspiración sagrada. Se desarrollaron en lugares patrios, como era el istmo de Corinto, con su templo en honor a Poseidón: los Juegos Nemeos, en un hermoso valle del centro del Peloponeso, con su templo dedicado a Zeus Nemeo; los Juegos Píticos, en Delfos, con su templo dedicado a Apolo; y los Juegos Olímpicos, en Olimpia, con el templo dedicado a Zeus Olímpico, ubicado en el Peloponeso. Y, según datos arqueológicos descubiertos en el Mármol de Paros del siglo III a. C., estos datos cronológicos griegos sitúan los orígenes de los juegos en tiempos protohistóricos del siglo XIII a. C.

Como la finalidad de este trabajo es centrarme en los Juegos Píticos-Délficos y no abundar en dilatas documentaciones, imposibles para este humilde artículo, tomo el tema enunciado.

Los Juegos Píticos

Nacieron en honor del dios Apolo en el santuario de Delfos, paisaje hermoso y magnífico bajo el manto del monte Parnaso. También se ordenaba una tregua sagrada, que los llamado *teoros* ('voceros de Dios') anunciaban unos meses antes de la fecha citada.

La raíz de estos juegos tiene un origen mítico, que narra cómo el dios Apolo luchó contra la serpiente Pitón, que moraba en el santuario de Delfos y a la que el dios logró dar muerte. Por ello se pudo purificar el templo sagrado y, desde entonces, se consagró en honor de Apolo. Estas celebraciones duraban varias jornadas, con procesiones sacerdotales y sacrificios, hecatombes. En estas procesiones participaban jovencitas con presentes para las ceremonias con dulces elaborados por ellas, flores y frutas, así como



aromas que embargaban todo el recorrido procesional mientras danzaban y cantaban himnos espirituales. Tras ellas, cerraban el cortejo juvenil los efebos montados en corceles blancos.

También se celebraban certámenes musicales y poéticos, danzas y sonoridades áulicas, representaciones teatrales y coros, además de artes pictóricas. Todo ello en temas menos sagrados. Todos los festejos duraban bastantes días.

En los juegos realizados en Delfos, en el santuario consagrado a Apolo, se ceñía al vencedor con una corona de laurel del árbol relacionado con el mito de Dafne y Apolo. Se dice que se celebraban cada noventa y nueve lunas, sin aclarar los motivos, que se diluyen en la incógnita de los milenios. Estos juegos comenzaron en un certamen de poesía en honor al dios Apolo y se acompañaban con la lira o el aulo, prueba milenaria de que la poesía es música vocal defendida a través de los siglos por los trovadores y *minnesingers*. Por ello, según Pausanias, nunca participó Hesiodo, por no saber tañer la cítara.

En su posterior y definitiva etapa, tuvo como causa una guerra sagrada a finales del s. VI a. C. bajo la amenaza de Cirra, que ambicionaba posesionarse del rico tesoro del santuario délfico. Por ello, los habitantes pidieron ayuda a las doce etnias de los anfictiones y vencieron a los de Cirra, tomando la administración del santuario, con todas las mejoras que supuso. Promovieron certámenes que se fueron ampliando con el canto en honor a Apolo. Uno de los premiados lo fue por narrar la lucha del dios frente a la serpiente Pitón. Este poema reproducía los sonidos de dicho lance y fue llamado *nomo pitico*.

Según crónicas documentadas, el del año 590 a. C. se puede considerar el primer Juego Pítico oficial, como competición gimnástica con grandes premios procedentes de los botines guerreros, aunque bien es verdad que fue un hecho puntual, dado que los posteriores certámenes se limitaron a otorgar al vencedor una corona de laurel. Esto se instauró a partir del año 582 a. C. y se considera la fecha oficial de la inauguración de los Juegos Píticos o Délficos.

Fin de los Juegos Píticos

Pese a la conquista de Grecia por Roma, los Juegos Píticos se mantuvieron, aunque poco a poco fueron decayendo. El oráculo siguió vigente y los juegos también. Pero la decadencia era evidente hasta su final. Los tesoros de los templos de Delfos, donde los griegos habían depositado sus riquezas durante siglos, fueron saqueados por los godos y los hérulos en el siglo III d. C. hasta su total desaparición.

Época moderna: Juegos Délficos

Según los datos históricos, los Juegos Délficos estuvieron inspirados en los antiguos Juegos Píticos y formaron parte de los legendarios Panhelénicos, que fundaron los líderes espirituales para realizar en el alma de la juventud unos anhelos de superación y armonía con el cuerpo, para lograr la tan ansiada *areté*. Esto es lo que Pierre de Coubertin logró inspirar a sus seguidores, como el poeta griego Ángelos Sikelianós y la bailarina americana Eva Palmer, que en 1927 lograron organizar el primer Festival Delfos que se sigue celebrando en verano, aunque con un marcado reclamo turístico.

Más tarde, en 1994, se fundó en Berlín el Consejo Délfico Internacional, bajo la iniciativa de J. Christian B. Kirsch. Invitó a varias naciones de todo el mundo a un congreso de la fundación en el Palacio Schónhausen, para hacer renacer los Juegos Píticos en un foro internacional de las artes. Acudieron representantes de Alemania, Argentina, Austria, China, Chipre, Ecuador, Eslovaquia, Estados Unidos, Filipinas, Francia, Grecia, Libia, Liechtenstein, Lituania, México, Nigeria, Polonia y Rusia.

Eventos actuales

El Consejo Délfico organiza cada dos años en diferentes países los Juegos Délficos para adultos y jóvenes. Están divididos en seis categorías de Arte Delfos e invita a los países que deseen organizarlos y acogerlos. Están patrocinados por el Consejo de Europa, la Unesco y la Asociación de las Naciones del Asia Sudoriental.

Estos son los siete Juegos Délficos internacionales hasta ahora:

Año	Evento	Localización
1997	Primeros Juegos Délficos Júnior	Tiflis / Georgia
2000	Primeros juegos de Delfos	Moscú / Rusia
2003	Segundos Juegos Délficos Júnior	Düsseldorf / Alemania
2005	Segundos juegos de Delfos	Kuching / Malasia
2007	Terceros Juegos Délficos Júnior	Baguió / Filipinas
2009	Terceros juegos de Delfos	Jeju / Corea del Sur
2011	Cuartos Juegos Délficos Júnior	Johannesburgo/ África austral
2015	Quintos Juegos Délficos Júnior	Syracuse (Nueva York), EE. UU.

ESFINGE

conocimiento · reflexión · diálogo

www.revistaesfinge.com